



UNIVERSIDAD
NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

EL DESPERTAR
DEL SENTIMIENTO
DE LA NACIONALIDAD
MEXICANA

TESIS PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER
EL GRADO DE
MAESTRO EN HISTORIA
P R E S E N T A
GONZALO GARCIA MAGARA

MEXICO, D. F. 1965



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

DEDICATORIAS

100260

A mi madre:

Sra. María del Refugio Magaña de García

A MIS HERMANOS

*María
Josefa
Agustín
Leopoldo
José
Ramiro
Alfonso
Ignacio*

Y FAMILIARES

INTRODUCCION

Ante la necesidad de escribir una tesis como culminación de los estudios realizados para obtener el título de Maestro en Historia, muchos temas acudieron a mi mente, algunos quizás más atractivos, otros más impresionantes, no faltaron los de actualidad. Pero al pasar revista a lo que el pueblo mexicano ha tenido que sufrir y luchar a lo largo de su historia, primero para lograr su independencia, después para conservar y defender lo suyo contra codicias extranjeras que tenían puestos en él los ojos, y por fin para organizarse y lanzarse al progreso hoy de todos conocido, decidí estudiar las raíces de este gran pueblo y en que circunstancias fue despertando en él, el sentimiento de la nacionalidad. Huelga decir que dichas raíces son muy profundas, ya que se mantiene firme en su destino, y muy rico el acervo de su herencia, puesto que sus posibilidades son inagotables.

El mencionar los grupos raciales y las familias lingüísticas no tiene otro objeto sino deducir cierta explicación sobre las diferencias antropológicas y lingüísticas que subsisten dentro de la unidad racial y de idioma. No se profundiza el estudio acerca de los indios y españoles porque nada más se trata de dar una idea de quienes fueron los progenitores de un pueblo que tiene tantos recursos en su haber.

Aunque durante la dominación española hubo frecuentes manifestaciones de descontento hacia el gobierno extranjero, el deseo propiamente dicho de una Patria libre y soberana empieza a vislumbrarse en el siglo XVIII, descollando los jesuitas desterrados que añoran y se lamentan haber perdido no un solar que los abrigaba, sino lo que ellos ya consideraban su Patria.

No es mi intención seguir adelante porque no me propuse analizar la nacionalidad mexicana, sino simplemente presenciar sus primeras inquietudes, los inicios, el despertar . . .

SUMARIO

I. — LA FUSION DE ELEMENTOS CULTURALES Y RACIALES EN NUEVA ESPAÑA, COMO BASE DE LA NACIONALIDAD NACIENTE.

1. — Presencia de indios y españoles, como razas fundamentales.
El muy secundario aporte negro.
2. — Los criollos y los mestizos.
3. — Tipificación de unos y de otros en lo social, económico y psicológico.
4. — La interrelación cultural indígena y occidental, y los rasgos fundamentales del nuevo ser mexicano; culturalmente, (predominio de los valores de Occidente, pero con recias aportaciones nativas).

II. — LIGEROS ATISBOS DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD ANTES DEL SIGLO XVIII.

Intentos de independencia y rebeliones indígenas como acciones políticas o de lucha regional que aunque nunca llegaron a ser de alcances verdaderamente nacionales, fueron expresiones de un sentimiento de nacionalidad en cuanto se oponían al dominio y extorsiones de un poder extranjero.

III. — MANIFESTACION DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD EN LOS HUMANISTAS DEL SIGLO XVIII.

1. — La expulsión de los jesuitas.
2. — Referencias generales de su labor cultural.
3. — El sentimiento de nacionalidad en ellos.

IV. — CONCLUSIONES.

I

**LA FUSION
DE ELEMENTOS CULTURALES Y RACIALES
EN NUEVA ESPAÑA,
COMO BASE DE LA NACIONALIDAD NACIENTE**

EL 13 DE AGOSTO DE 1521
HEROICAMENTE DEFENDIDA POR CUAUHEMOC
CAYO TLALTELOLCO EN PODER DE HERNAN CORTES

NO FUE TRIUNFO NI DERROTA
FUE EL DOLOROSO NACIMIENTO DEL PUEBLO MESTIZO
QUE ES EL MEXICO DE HOY

Plaza de las Tres Culturas, México, D. F.

1. -- Presencia de indios y españoles,
como razas fundamentales.
El muy secundario aporte negro.

LOS INDIOS

Al principiar el siglo XVI, el mundo indígena en suelo mexicano tenía muchos contrastes. No puede decirse que entonces hubiera un solo pueblo, ni una sola nación, ni que hubiese la idea precisa de una sola patria. La multitud de lenguas, de religiones, de costumbres y de organismos sociales diversos, habían impedido la formación de un solo país, que en verdad solo comenzó a existir a partir de la Conquista, la cual puso las bases de la nacionalidad mexicana al unir las antiguas poblaciones aborígenes con la población española, y al establecer la cultura latino-cristiana, que es la nuestra, a la que incorporó algunos elementos de la antigua cultura indígena.

México, en cuanto nación, nace en el siglo XVI, con la doble aportación india y española en la sangre, dentro de una civilización que se inspira en Europa, aunque con los matices propios tomados del pasado aborígen.

Un examen de conjunto de las culturas precortesianas demuestra, con la fuerza de los hechos, que el nivel de civilización era notoriamente desigual entre las comunidades que habitaban el suelo de México antes de la conquista. Miguel Othón de Mendizábal, ha reconocido, así, la existencia de zonas que, de acuerdo con la técnica usada para la obtención de alimentos, pueden clasificarse en cuatro grupos.

a) La zona cultural de los recolectores de vegetales, de moluscos y de animales menores, se localizó en algunas regiones del noroeste del actual territorio mexicano, inclusive la Baja California.

b) La de los cazadores abarcó el norte y en parte el noroeste de México. Tales cazadores usaban dardos y conocían el uso de la piedra no pulimentada para la preparación de sus instrumentos.

c) Los pueblos de agricultura atrasada eran los que habitaban buena parte del occidente de México. Se estima que en algunos casos eran seminómadas, aunque en otras ocasiones edificaban casas que, agrupadas o dispersas, eran el centro de sus reuniones.

d) Los pueblos de agricultura avanzada, con técnica más completa para el cultivo del suelo, con formas de organización más elaboradas, eran los que habitaban el centro, sur y sureste del actual territorio mexicano.

IDIOMAS

Por lo que a los grupos lingüísticos se refiere, el México prehispánico ha sido comparado con Babel por la multiplicidad de lenguas que en él se hablaban.

Este amplio campo de estudio fue investigado desde un principio por los religiosos españoles que, deseosos de propagar el cristianismo compusieron gramáticas, vocabularios y estudios idiomáticos en general, que permitieron una primera clasificación por el Padre Lorenzo Hervás Panduro en el siglo XVIII. A él siguieron en la labor de catalogación, ya en el México independiente, autores como Orozco y Berra, Pimentel, León, Belmar, González Casanova y más modernamente Mendizábal y Jiménez Moreno, a más de no pocos americanistas extranjeros interesados en las culturas aborígenes de México.

Miguel Othón de Mendizábal y Jiménez Moreno encontraron más de cien lenguas indígenas que agruparon en cinco grandes grupos len-

güísticos, divididos en familias, formadas éstas a su vez por varios idiomas y dialectos.

Tales grupos lingüísticos son:

1) EL AZTECA, el más importante, porque hay huellas suyas desde el territorio canadiense hasta Costa Rica, Comprende las familias lingüísticas y los idiomas náhuatl, yaqui-mayo, tarahumara, tepahuano, huichol, cora, varohio, pima, pápago, tepecano, ocoroni y ópata.

2) EL ZOQUE-MAYA comprende las siguientes lenguas: maya, lacandón, tzotzil, tzeltal, tojolabal, chontal, huasteca y mame así como las lenguas zoque, mixe, totonaca y popoloca de Veracruz. Todo ello dentro de una área que abarcó desde Veracruz y Oaxaca hasta la península de Yucatán y parte de Centroamérica.

3) EL MACRO-OTOMANGUE, en el oriente y sur de México, abarca varias familias mixteca-popoloca, con las siguientes lenguas: mixteca, amusgo, cuicateca, popoloca de Puebla, chuchón, mazateca, ixteca y triqui. b) La familia zapoteca con dos lenguas: la zapoteca y el chatino. c) La familia otomí, a la que pertenecen las lenguas: otomí, mazahua, mazateca, chichimeca jonaz, pame y matlatzinca. d) La familia chinanteca comprende a la lengua chinanteca.

4) EL SIUX-HOKANO, a más de la familia hokana, tiene los siguientes idiomas: tlanepaca, chontal de Oaxaca, seri kilihui y cupapá.

5) EL ALGONQUINO; a este grupo, además de la familia del mismo nombre, pertenece el idioma kikapú, en el estado de Chihuahua.

TIPOS RACIALES

Basándose en la clasificación de los grupos raciales amerindios que hizo el antropólogo argentino José Imbelloni ha encontrado Jorge A. Vivó en México seis tipos indígenas característicos:

a) Los láguidos, llamados así por corresponder a la raza de Lagoa Santa, Brasil) de cráneo alargado, estatura baja, nariz ancha y piel oscura amarillenta; están representados por los pericúes de Baja California y los tzotziles y tzeltales de Chiapas.

b) Los oaxáquidos de cráneo medio, estatura media o baja, nariz media o ancha y piel oscura amarillenta; abarcan a casi todos los habitantes indígenas de Oaxaca.

c) Los ístmidos, (habitantes de la zona ístmica de México y Centroamérica), de cráneo corto, estatura baja, nariz de base ancha y encorvada y piel amarillenta oscura, son un grupo que comprende a los mayances y a los totonaco-zoqueanos, en el sureste y oriente de México.

d) Los sonóridos, (especialmente localizados en Sonora) de cráneo largo medio, estatura alta y piel oscura rojiza, son los indígenas del noroeste de México, como los seris, yaquis y mayos.

e) Los ándidos, (que corresponden al tipo de los aborígenes que viven en los Andes), de cráneo corto, estatura baja, nariz ancha y piel amarillenta oscura. Son los indígenas de las regiones centrales.

f) Los colúmbidos, (nombre derivado de la Columbia Británica), de cráneo corto, estatura alta, nariz media y piel oscura amarillenta; a este tipo pertenecen los apaches de la región limítrofe con los Estados Unidos de Norteamérica.

LA RELIGION ENTRE LOS INDIOS

Reconocían los mexicanos la existencia de un Ser Supremo, de una causa primera a quien daban el nombre de "Teotl", cuya analogía con el Theos de los griegos, ha sido notada por varios autores, entre otros Clavijero, Buschman, etc.

En su mitología admitían multitud de dioses inferiores: dios del agua, de la guerra, del fuego, de los vientos, de las cosechas, del hogar

y muchos más. Rendían culto al sol y a la luna; de la misma manera que entre los persas, tenían un genio del mal, a quien llamaban "Hombre Buho".¹

Autores como La Rea y Herrera sostienen que en algunos pueblos de Michoacán, por ejemplo, existía la religión monoteísta. Sin embargo, estudios más concienzudos demuestran que lo mismo entre los michoacanos que entre los mexicas, los mixtecos, los zapotecas y los mayas, la religión dominante era el politeísmo.²

Asegura Fr. Gerónimo Román: "que la gente de las Indias Occidentales fue tan devota y servidora de sus ídolos, que ninguna otra lo fue tanto, ni tan sujeta al demonio y a sus mandamientos, como se puede ver por los sacrificios que tenía".

Sostiene Fr. Toribio de Motolinía que los indios creían en la vida futura, en un infierno para los castigos y en un lugar para las recompensas. Que los que morían en la guerra o sacrificados iban a la casa del "Sol de Oriente".

Los sacrificios en la religión prehispánica.

El sacrificio en las religiones indígenas es quizás lo que más impresionó a los primeros historiadores de nuestras razas aborígenes, sobre todo tratándose de la inmolación de víctimas humanas. No obstante, no siempre fueron sangrientos estos sacrificios.

Entre los mayas "los sacrificios eran parte importante del culto, y abarcaban toda la escala, desde sencillas ofrendas de alimentos: tortillas, frijoles, miel, incienso, tabaco, etc. los primeros frutos del campo, toda clase de animales, aves y pescados, tanto vivos como muertos, crudos y cocidos, toda clase de ornamentos y otros objetos valiosos, como cuenta de jade y de concha, pendientes, plumas, y pieles de jaguar, hasta la práctica en el Nuevo Imperio del sacrificio de hombres, mujeres y niños". "En tiempos de gran necesidad pública, como durante las sequías, huracanes o las temidas plagas de langosta que visitaban periódicamente a Yucatán, se sacrificaban especialmente víctimas humanas, con el fin de obtener lluvias generales".³

El cenote sagrado de Chichén-Itzá conservaba en su lecho restos de las ofrendas que se precipitaban en él para tener gratos a los dioses. Generalmente este sacrificio incruento se consumaba arrojando en sus aguas una doncella cubierta de pedrería y joyas preciosas.

Los aztecas eran más afectos a los sacrificios cruentos. "El sacrificio se hacía en carne propia. Los sacerdotes y frecuentemente los fieles se abrían las carnes con cuchillos de pedernal o de obsidiana, sangrando abundantemente por las heridas; con la sangre rociaban los altares de sus ídolos. A veces se cortaban totalmente las orejas o practicaban el sacrificio en la frente, la nariz, los carrillos, el labio inferior, los muslos, las piernas y otras partes delicadas del cuerpo. Los instrumentos usados para estos sacrificios eran: las espinas de los pescados, las de maguey y cuchillos y navajas de pedernal, obsidiana, hueso o concha". "El sacrificio era la mejor forma de tener propicios a los dioses, ofreciendo la vida de los prisioneros. Era el medio propiciatorio de satisfacer a los dioses. A ellos se les brindaban los tesoros más preciosos, inclusive la vida misma. Para que los dioses vivieran, era necesario que se alimentaran de los corazones de los hombres. La guerra fue, por lo tanto, una institución indispensable como proveedora de prisioneros que sacrificar al dios".⁴

Viene al caso mencionar la institución de las llamadas "guerras floridas" que define así don Eduardo Noguera: "Esta guerra consistía en un convenio con los pueblos vecinos, mediante el cual se señalaba un campo donde se combatía con el solo objeto de obtener víctimas para sacrificar a los dioses, y sin que los ejércitos combatientes pretendieran ganar tierras ni señoríos y ni siquiera salir del campo de batalla. Las provincias de México que se eligieron para estas guerras fueron las de Tlaxcala, Huejotzingo y Cholula. Durante los combates se procuraba tener igual número de combatientes y todos los capturados eran sacrificados, ya fuera en México o en otras de las provincias".⁵

Otro rito no poco criticado en la religión de estos pueblos fue el referente a comer la carne del sacrificado. La explicación es muy sencilla, y entre otros, Jiménez Rueda la da de la siguiente manera:

"El prisionero sacrificado se convertía inmediatamente en sustancia del mismo dios, de ahí que su carne pudiera comerse para participar de los atributos de la divinidad".⁶

Orozco y Berra asienta lo siguiente: "Las ideas predominantes en estos pueblos son: el respeto a los dioses, el escrupuloso cumplimiento del culto, una negra superstición, basada en creencias exageradas y agüeros absurdos; sigue la parte moral, excelente en máximas y doctrinas tomadas de las fuentes más puras, descubriéndose en el fondo ciertas aprehensiones melancólicas, a que dan alimento la inestabilidad y rapidez de las cosas humanas, los sufrimientos y penalidades de la vida transitoria, el recuerdo de la vida futura, amargado por los castigos que aguardan a quienes no cumplen con sus obligaciones".

Los sacerdotes "observaban una vida muy austera; llevaban siempre los ojos bajos, guardando de alzarlos a mujer alguna; su porte era compuesto y recatado, sus palabras mesuradas. Irreprochables en castidad, se entregaban a las más crueles abstinencias y maceraciones para apagar los fuegos de la concupiscencia".⁷

El sacerdote entre los mixtecas era considerado superior al mismo Tecuhtli. Entre los mayas era el depositario del saber y como entre los mexica, el encargado de comunicar la sabiduría a la juventud.

Después de los sacerdotes, la clase más apreciada era la de los militares. El mérito supremo se alcanzaba mediante el valor militar. Los guerreros que se distinguían en combate, recibían toda clase de honores y distinciones. Los que faltaban a la disciplina militar eran castigados con gran severidad, aplicándoseles la pena de muerte en la mayoría de las faltas de este género.⁸

Sin dejar la esclavitud de ser una bárbara institución, estaba organizada de una manera menos irracional que en Europa. Las principales causas por las cuales el hombre libre podía constituirse esclavo, eran: La guerra, la ley y la voluntad. El prisionero de guerra no era propiamente un esclavo, sino un hombre destinado por la religión a ser víctima de los dioses. La ley y la voluntad hacían esclavos. Siendo de notar que las leyes indígenas no reconocían el bárbaro principio romano: "El fruto sigue al vientre", porque todo hijo de esclavo nacía libre.⁹

Sin embargo, Sahagún menciona una excepción a esta regla tratándose de los esclavos que se vendían por hambre con la proximidad del año secular. En este caso no solamente vendían su voluntad, sino también la de sus descendientes.

En México y en Texcoco las leyes eran severísimas. Había pena de muerte cruel para el traidor al Tecuhtli, para el rebelde, para el señor que osaba usar insignias reales, para el adúltero, para el ladrón, para el borracho.¹⁰

En Michoacán las leyes eran todavía más severas. Castigaban al impúdico rompiéndole la boca hasta las orejas. El ladrón que robaba por segunda vez sufría irremisiblemente espantosa muerte.¹¹

En Yucatán existía pena de muerte para el adúltero y el homicida. La esclavitud era más cruel que entre los de Anáhuac; ésta se aplicaba especialmente a los ladrones y a los prisioneros de guerra que no eran sacrificados.¹²

LOS ESPAÑOLES

En sus estudios sobre el terreno, Hevelack Ellis, dice que España es para los españoles que la visitan "un país difícil de comprender, aun para viajeros inteligentes, y tomada en conjunto, no es una tierra al alcance de los que dan capital importancia al bienestar y a los goces fáciles de la vida. Es interesante, instructiva y fascinadora para los que logran comprenderla".

El pueblo español es sustancialmente religioso, dominando en él la devoción mística y caballeresca de la Edad Media, la idea del sacrificio por la fe católica.

A los remotos tiempos de los celtíberos se remonta la religiosidad española. A este propósito asienta Martín Hume: "Un nuevo Evangelio que daba un apoyo divino al instinto más enérgico de la raza española, se apoderó aquí del corazón del pueblo como en ninguna otra parte del mundo."¹³

La lucha contra el moro infiel acrisoló y afianzó más su religiosidad. La fe inquebrantable en el auxilio divino le hace avanzar en la

reconquista del norte al centro: ¡Cierra, Santiago! es la voz de guerra en esta lucha.

El catolicismo fue considerado factor de Patria. Sirvió de bandera contra el infiel, confundiendo las ideas de patriotismo, de raza y de fe. Sirvió también de vínculo entre los distintos regionalismos y creador de un espíritu nacional. Esta unión del gobierno y la religión, se hizo esencial en España; el dominio político se apoyaría en el religioso, y éste en aquel; juntos habían nacido y necesitaban vivir juntos también.

Siendo pues el sentimiento religioso una de las energías orgánicas más eficaces en la gestación de la unidad española, nada hay de extraño que la tradición vaya siempre estrechamente unida a dicho sentimiento.

El individualismo es otra de las características del pueblo español. La manera de guerrear no hace más que patentizarlo, y esto desde los tiempos de Viriato y Sertorio, hasta Espoz y Mina, el empecinado y más guerrillero contra Napoleón.

El espíritu regionalista que aun hoy día impera en España, creándole no pocas dificultades a su gobierno, ha sido sin embargo quien la ha salvado en muchas ocasiones: A él se debió la fama que alcanzaron Sagunto y Numancia en tiempos de los cartagineses y romanos; Zaragoza y Gerona en tiempo de los franceses. Pero donde mejor queda de relieve este espíritu, es en la conquista de América.

El conquistador de entonces era orgulloso; no contando en las grandes empresas más que consigo mismo. Este carácter a menudo le infundió conciencia exagerada del propio valer y de la propia personalidad.

Este orgullo, que también puede llamarse arrogancia, ya que no es callado, culminó en el siglo XVI, o sea con Carlos V y Felipe II, que fue época de verdadero esplendor para el pueblo español. En aquel entonces, "en que el sol no se ponía en los dominios de España", realmente tenía el español en qué fundar su orgullo y su superioridad.

El historiador Brantome del siglo XVI, refiriéndose a los españoles, dice lo siguiente: "Si contempláis el desfile de los pequeños tercios

españoles, los llamaréis príncipes por su arrogancia". Y Carlos Octavio Bunge asienta: "Es realmente portentoso, como con los escasos medios de que disponía, haya realizado España hechos tan grandes, pues fueran cuales fuesen los dominios imperiales de Carlos V, España sola llevó a cabo sus guerra de religión y la conquista de América. Fue la arrogancia española que todo lo desafió".

Nada hay de extraño que un pueblo se enorgullezca en sus épocas de esplendor; así por ejemplo, nadie se extraña del orgullo de los franceses de la Vieja Guardia de Napoleón, de los romanos de Augusto. Lo típico de la arrogancia española, así personal como colectiva, es que perdura sin declinar en todas las edades y circunstancias.

Es precisamente esta arrogancia que se mantiene lo mismo en la decadencia personal que en la de la Patria, el tesoro que explotó el genio de Cervantes: Don Quijote, caído, desarmado, reducido al colmo de la miseria . . . discurre como Hércules y ofrece castigar o perdonar, con absoluto desconocimiento de su triste estado.

El heroísmo y la energía sobresalen de tal manera que pueden considerarse como la piedra angular del carácter español, como la base en que se fundamenta su espíritu de combatividad e intransigencia. Este distintivo, este sello indeleble, lo encontramos en todas las edades, sexos y condiciones, notándose en los mismos santos.

Si pasamos a considerar actos de esta categoría en los monarcas y grandes de España, los ejemplos abundan. Con solo mencionar el programa que se propusieron y desarrollaron los reyes católicos, basta y sobra para demostrar el alto grado en que poseyeron la virtud de la energía: Establecimiento de la unidad territorial, establecimiento de la monarquía absoluta y de la unidad religiosa. A esto puede agregarse el descubrimiento de América.

Durante su reinado se vio a la reina Isabel ya administrando personalmente justicia en los tribunales, ya paseándose esbelta sobre su corcel de batalla en medio del campamento animando a los soldados, o bien, sirviendo de modelo a las nobles matronas en el hogar doméstico. Actos todos ellos de gran valor y dignos de toda admiración, pero quedan eclipsados por uno, que a continuación se detalla.

Llegó a oídos de la Reina que Colón había llevado de América 300 indios para venderlos como esclavos en los mercados de Andalucía, a lo cual exclamó la nobilísima señora llena de indignación: "¿Cómo se atreve Colón a disponer así de mis súbditos?" Y no contenta con protestar, ordenó la libertad de los americanos, la repatriación de los mismos por cuenta de su favorecido, y dictó "pena de muerte" para el que en lo sucesivo atentase contra la libertad de los habitantes de América. Cualquiera comprenderá el alcance de tan sabia disposición, ya que ahogaba en embrión una de las mayores fuentes de abusos contra los indios.

El hecho de que Cristóbal Colón llevara indios para venderlos como esclavos, demuestra lo natural que era en aquellos tiempos el comercio con carne humana en la civilizada Europa. De donde se desprende claramente la suerte que esperaba a los desdichados habitantes de América, sin las humanitarias y sabias disposiciones de la reina Isabel. Proclama vasallos y no esclavos a los americanos; fijó de una vez para siempre las relaciones que debían existir entre los Reyes de España y los vencidos del Nuevo Mundo.

En la vida de los monarcas de España, abundan los actos que demuestran ese carácter enérgico que venimos describiendo, pero que para no extendernos demasiado en este punto, terminaremos recordando aquella severa reprimenda que dirigió Felipe II a Dn. Alonso Muñoz: "Os envié a gobernar y no a destruir". Palabras mágicas que al día siguiente causaron la muerte del cruel oidor.

Si de los individuos pasamos ahora a la sociedad en general, encontraremos ejemplos palpables de esa característica tan peculiar del pueblo español. Basta recordar la lucha de siglos contra los moros, lucha no solo política por la reconquista, sino también de raza y de religión. Terminada esa guerra, la energía acrisolada en tantos años de batalla, sigue manifestándose cada vez mayor, llevando la civilización a los pueblos más apartados del mundo. A esa energía y a ese heroísmo debió el pueblo español su título de "campeón de Cristo" en tierras de América y del Catolicismo en Europa contra la Reforma.

Es notable cómo la austeridad de costumbres y la energía de carácter, no excluyen en el español los sentimientos humanitarios. El humanitarismo que le anima, domina en él desde que existe la razón. Ya

Estrabón decía que los iberos estaban siempre dispuestos a sacrificar la vida por sus amigos. Los individuos que han poseído dicha cualidad son legión, mas no permitiéndolo lo reducido de esta obra, nos concretaremos a recordar a la reina Isabel, a San Juan de la Cruz, a San Pedro Claver, a Fr. Bartolomé de las Casas, a Fr. Toribio de Motolinía, a D. Luis de Velasco "el Padre de los indios", al virrey Bucareli, al obispo Lorenzana, a D. Vasco de Quiroga, etc. El solo nombre de los citados evoca para con la humanidad doliente, actos sublimes por todos conceptos.

Pero la mayor prueba del humanitarismo en esta raza, la encontramos, no en la forma, pero sí en el fondo de la civilización española. España, además de entregar su ciencia, su idioma y su religión, fomentó la minería, y la producción agropecuaria, reglamentó el comercio, y además, no solo no destruyó al aborigen cazándolo como fiera salvaje, o eliminándolo por una inexplicable discriminación racial, sino que mezcló la sangre vencida con la vencedora, dando origen a una nueva población pujante, que andando el tiempo, independizándose, tomaría con mano segura las riendas del gobierno en las distintas naciones americanas.

Bien conocida es la facilidad con que algunos conquistadores y más tarde algunos gobernantes, mutilaban, quemaban o asesinaban. Sin atenuar los hechos, es necesario recordar que para analizar el carácter de un pueblo, preciso es descender al estudio de la continuidad en su manera de obrar permanentemente, y que incompleto sería un juicio basado en hechos aislados, aunque numerosos, y más cuando los protagonistas son aventureros más o menos toscos y en gran parte carentes de cultura.

LOS NEGROS

Los negros fueron traídos a las Indias Occidentales por decreto real de 1501, autorizando a los españoles a suplir la deficiencia del trabajo indígena en las labores del campo y en las minas, con la introducción de esclavos negros de África. Llegaban a barcadas de todas partes de Guinea y de las conquistas de Portugal, escribe protestando

el arzobispo Montúfar. Juan Rodríguez Coutiño se comprometió en 1600 "a meter en las Indias, vivos, en los nueve años de este arrendamiento, treinta y ocho mil doscientos y cincuenta esclavos". En 1713, Inglaterra escribía en su historia una página negra más, al arrebatarse en el tratado de Utrech, el sombrío derecho de introducir 4,800 negros anuales durante 30 años, pagando al rey \$ 33 por negro. Mas la Nueva España pronto acabó por suspender toda importación negrera.

Varias leyes fueron expedidas para protegerlos, en el sentido de que deberían ser alojados, vestidos y alimentados de la misma manera que los trabajadores libres, así como instruirlos en la religión. Ninguna labor pesada podía serles impuesta cuando tuvieran más de 70 años, y los ancianos y enfermos tenían que ser cuidados. (Bancroft).

Las leyes españolas, por absurdo prejuicio, consideraron infame la sangre negra y contaminadora de infamia, para todas las razas que, por mezclarse con la negra, la recibiesen.

Alamán asinta: "Sus individuos no podían recibir empleos; aunque las leyes no lo impedían, no eran admitidos a las órdenes sagradas; les estaba prohibido tener armas, y a las mujeres de su raza, el uso del oro, sedas, mantos y perlas . . . Eran, sin embargo, la parte más útil de la población. Los hombres que a ella pertenecían, endurecidos por el trabajo de las minas, ejercitados en el manejo del caballo, eran los que proveían de soldados al ejército, no solo en los cuerpos que se componían exclusivamente de ellos, como los de pardos y morenos de las costas, sino también a los de línea y milicia disciplinadas del interior, aunque éstos, según las leyes, debiesen componerse de la raza española; de ellos también salían los criados de confianza en el campo y aun en las ciudades; ellos, teniendo mucha facilidad de comprensión, ejercían todos los oficios y las artes mecánicas, y en suma, puede decirse que de ellos era de donde se sacaban los brazos que se empleaban en todo. Careciendo de toda instrucción, estaban sujetos a grandes defectos y vicios, pues con ánimos despiertos y cuerpos vigorosos, eran susceptibles de todo lo malo y todo lo bueno.

2. - LOS CRIOLLOS Y LOS MESTIZOS

a) *Los criollos.* - Diose en la época colonial el nombre de criollos a los nacidos en América de padres españoles. Originalmente la única diferencia que existía entre ellos y sus padres o los demás españoles venidos de la Península, la constituía su acendrado amor a la tierra que los vio nacer. Este surco que separaba a los españoles nacidos en América de los que venían de la Península, fue creciendo cada vez más hasta convertirse en un verdadero abismo entre los dos grupos, fomentando al mismo tiempo la aversión de unos para con los otros y encendiendo hogueras de odio que ni la misma Independencia lograría extinguir.

En un principio, los padres a pesar de ser tan dinámicos y emprendedores, vieron crecer a sus hijos en la ociosidad y la vagancia debido a la carencia de escuelas y a una inexplicable aversión a todo lo que fuera trabajo manual. En estas condiciones y amparados por un clima suave y uniforme, no faltaron vicios que encontraron campo fértil en el alma de los criollos, lo cual les mereció el desdén de los peninsulares. Y aunque las leyes no hacían distinciones, sino que reconocían los mismos derechos a unos y a otros, de hecho, salvo raras excepciones, todos los cargos de importancia tanto civiles, militares como eclesiásticos, se vieron en manos de los nacidos en España.

D. Lucas Alamán refiere que de los 160 virreyes que había habido en América hasta el año de 1813, sólo 4 habían nacido en ella, y esto por casualidad, por ser hijos de empleados. Tres fueron virreyes de México; D. Luis de Velasco, hijo, D. Juan de Acuña, marqués de Casafuerte, nacido en Lima, descansa en la iglesia de S. Cosme, y el conde de Revillagigedo que nació en La Habana. Los tres fueron un modelo de probidad capacidad y celo. De 602 capitanes generales y presidentes, 14 habían sido criollos. De 706 obispos que había habido en toda la América, 105 fueron criollos, aunque pocos en las mitras de primer orden.

En los primeros siglos que siguieron a la conquista muchos americanos obtuvieron obispados, canongías, cátedras y pingües beneficios; pero a medida que iban creciendo las rivalidades entre los dos grupos contendientes, se fueron cercenando para ellos estas gracias, y a pesar del decreto real que ocupasen por mitad los coros de las catedrales,

prevalció la insinuación del arzobispo D. Alfonso Núñez, de Haro, para que sólo se les confiriesen empleos inferiores, a fin de que "permaneciesen sumisos y rendidos". En el año de 1808 todos los obispados de la Nueva España, excepto uno, las más de las canongías y muchos curatos de rentas pingües, se hallaban en manos de los europeos. Para evitar disturbios en la tranquilidad de los claustros por cuestiones de nacimiento, se establecieron las leyes de alternativa, nombrándose en una elección prelados europeos y en otra americanos. Esta disposición y el abrir las puertas del saber a los grupos postergados, parece tener sus raíces en la elevación a los altares del criollo SAN FELIPE DE JESUS, primer santo mexicano. Grande fue el impacto que produjo este acontecimiento en un pueblo eminentemente religioso. A partir de entonces, empezaron a cultivarse inteligencias privilegiadas. Descollaron eminentes prelados, sabios, literatos, poetas, historiadores, teólogos, etc. Bástenos recordar al Dr. D. Alonso de Cuevas Dávalos, obispo de Oaxaca, y arzobispo de México; a D. Fr. Baltasar de Covarrubias, criollo nacido en México y obispo de Río de la Plata, de Filipinas y por fin de Michoacán; a D. Juan García de Palacios, criollo, abogado de la Real Audiencia, comisario de la Inquisición y obispo de Cuba.

Por razones fáciles de comprender, a medida que los criollos ganaban en conocimientos y demostraban su capacidad en las ciencias y gobierno, las dificultades para su elevación a los puestos públicos fueron aumentando hasta que paulatinamente fueron excluidos de los puestos de importancia y de las dignidades. La prescripción de los Reyes de España concediendo a los españoles igualdad de derechos no importando el lugar de nacimiento, a la postre vino a ser letra muerta. Como consecuencia empezó a cundir el descontento entre los criollos, arreciándose hasta que empezó a manifestarse por la aparición de pasquines, unos de forma chocarrera y otros en forma de groseros insultos.

Por su parte el oidor Aguirre hacía resonar por todos los ámbitos de la Nueva España que "mientras haya en la Mancha un zapatero de Castilla con su mulo, ese zapatero tendrá derecho de gobernar a toda la América".

También en Buenos Aires, el obispo León Lúe asentó que "en tanto que exista un solo español en América, ese español debe mandar a los americanos, pudiendo solo venir el mando a los hijos del país cuando ya no quede un solo español en él".

Con estas fanfarronadas, son muy explicables los odios que cava-ron un abismo entre los dos grupos sociales predominantes, fortificán-dose cada vez más el sentimiento de nacionalidad entre los criollos.

LOS MESTIZOS

Un sobreviviente de la expedición de Nicuesa, llamado Gonzalo Guerrero, fue el español que formó la primera familia mestiza, varios años antes que Cortés pisara tierras mexicanas.

Una vez desembarcado en la isla de Cozumel, Cortés tuvo noticia de que dos castellanos se encontraban cautivos tierra adentro del con-tinente. De inmediato los mandó buscar. Únicamente Jerónimo de Aguilar regresó a incorporarse a la expedición que llevaba por me-ta la conquista del Imperio Azteca. En cuanto a Guerrero, se negó a regresar con sus paisanos cuando Aguilar lo llamó, diciéndole:

“Hermano Aguilar, yo soy casado y tengo tres hijos, y tiéненme por cacique y capitán cuando hay guerras; íos vos con Dios, que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. E ya veis estos mis hiji-tos cuán bonicos son”.

“Y ansimismo la india, mujer de Gonzalo, habló al Aguilar en su lengua y le dijo: ‘Mira con qué viene este esclavo a llamar a mi marido; íos vos y no curéis de más pláticas’”.¹⁴

Este Gonzalo Guerrero era marino y originario del puerto de Pa-los. Había adoptado tan lealmente su nueva Patria, que combatió al la-do de los indios contra los soldados de la expedición de Hernández de Córdoba.

La razón más conmovedora para quedarse es la que da el castella-no al decir: “Ya veis estos mis hijitos, cuán bonicos son”, expresión elo-cuente del amor del padre extranjero al hijo mestizo. Y el hecho de que la mujer india se enfade cuando le vienen a sonsacar al marido, prue-ba que la familia constituída por un vínculo de mutuo afecto.

Prueba este episodio que los primeros mestizos que nacieron en México fueron producto de la libre y voluntaria unión de las dos raras, y no el fruto de la violencia, como no falta quien así lo haya asentado.

Después de la batalla de Tlaxcala y cuando los españoles estaban saboreando el triunfo, Xicoténcatl el viejo se acercó a visitar a Cortés y le dijo:

“Malinche, porque más claramente conozcáis el bien que os deseamos, nosotros os queremos dar a nuestras hijas para que sean vuestras mujeres y hagáis generación, porque queremos teneros por hermanos, pues sois tan buenos y esforzados”.¹⁵

Nada raro tiene que los tlaxcaltecas, pueblo belicoso jamás sometido al yugo azteca, quisiera mezclar su sangre a la de los valientes castellanos.

La hija de Xicoténcatl fue bautizada con el nombre de Luisa, al que se antepuso el “doña” en señal de nobleza, y quedó en poder de Pedro de Alvarado.

La hija o sobrina de Maxicatzin, que era hermosa, pasó a llamarse doña Elvira y fue cedida a Velázquez de León. Las demás gentiles doncellas se repartieron entre Alonso Dávila, Cristóbal de Olid y Gonzalo de Sandoval.

Pedro de Alvarado, el fiero Tonatiú o sea el Sol, tuvo en doña Luisa dos hijos, un varón llamado Pedro, y una mujer, doña Leonor. Esta casó con D. Francisco de la Cueva, “buen caballero, primo del duque de Alburquerque”, y de esta unión nacieron cuatro o cinco hijos, “muy buenos caballeros”.

Fue así como se unieron los conquistadores con las mujeres de la aristocracia nativa, que fueron cedidas por los padres, con la expresa declaración de voluntad de que “haya generación”. Los castellanos las reciben y las elevan al rango de señoras, una vez que las cristianizan. La primera generación de mestizos, o sea de hijos de la Nueva España, la nación que Cortés funda y que es la nuestra, el México de hoy, es una generación de caballeros. Doña Leonor Alvarado Xicotén-

catl casa con un noble, y los descendientes de esa pareja, segunda generación, ocupan un lugar eminente en la sociedad que está formándose.

Nada tiene de legendario "el beso de Cortés y la Malinche". Todo el mundo sabe que don Hernando tuvo en doña Marina un hijo, que se llamó Martín Cortés. Este primer mestizo ilustre fue a España a la edad de seis años, en el primer viaje de su padre, en 1528. El emperador Carlos V lo hizo caballero de Santiago. Ya mozo, marchó a las guerras de Argelia y Alemania, donde se portó con la valentía digna de su nombre, y fue herido varias veces.

Este hijo de don Hernando y de doña Marina, fue, pues el primer mexicano que honró con sus hechos a la nueva raza.

También es sabido que el linaje de Cortés se unió al de Moctezuma en la hija de éste, la bella Tecuichpochtzin o sea, capullo real de algodón, que cristianizada se llamó Isabel, como la Reina Católica.

Isabel Moctezuma tuvo de Cortés una hija, que fue doña Leonor Cortés Moctezuma, quien contrajo matrimonio con don Juan de Tolosa, caballero vizcaíno, poblador de Zacatecas. De este matrimonio nació doña Isabel Tolosa Cortés Moctezuma, quien venía a ser nieta de Cortés y bisnieta de Moctezuma, que casó con don Juan de Oñate, el conquistador de Nuevo México. De esta manera se constituyó una de las familias criollas más distinguidas de la Nueva España, en la que se mezclaron la sangre del conquistador de México y la del antepenúltimo emperador azteca con la del hombre que había de extender las fronteras de nuestra patria hasta el paralelo 42.

Todos debemos comprender que lo mestizo caracteriza nuestra nacionalidad; que llevamos indisolublemente ligadas en nuestras venas la sangre de dos pueblos; que si abominamos de una de ellas, sea la española, sea la india, de nosotros mismos abominamos.¹⁶

Al correr del tiempo, con el aumento de los españoles y sobre todo con la escasez de mujeres venidas de la Península, esta cadena de matrimonios entre el caballero español y la dama indígena previamente cristianizada, se hizo interminable.

No obstante el alto espíritu religioso de los conquistadores y de los primeros colonos, la recia moral cristiana fue perdiendo en ellos su austeridad, pues empezaron a aparecer junto con las castas, niños mestizos que vagaban por las calles sin que su padre los quisiera reconocer por hijos; y como la mayoría de las madres eran muy pobres, imposible les era sostener al fruto de sus entrañas habido fuera del matrimonio instituido y bendecido por Dios.

Tan crecido llegó a ser el número de estos infelices y tan completo su abandono, que los Reyes de España, de corazón más noble y generoso que el de los progenitores de los mestizos, ordenaron que fuesen recogidos, atendidos y educados por cuenta de la Corona.

En 1529 se abrió el primer centro docente destinado a los mestizos, el Colegio de San Francisco de México, en las Calles de San Juan de Letrán, cuyo primer profesor fue Fr. Pedro de Gante.

No era ella solo escuela de primeras letras, sino industrial y de bellas artes, y aun normal, pues salían de ella latinos, cantores, músicos, bordadores, ingenieros, canteros, sastres, zapateros, enfermeros y catequistas que difundían lo aprendido por los pueblos.

A semejanza del anterior, se fundó en 1732 el de las Vizcaínas para recoger niñas abandonadas. Dicho plantel surgió gracias a la caridad de los señores Ambrosio Meave, Francisco Echeveste y José Aldaco.

La situación desfavorable en que se encontraban los mestizos, no obstante las medidas tomadas por los reyes de España y por hombres tan humanitarios como el virrey Mendoza, Fr. Pedro de Gante y tantos otros, fue tomando cada vez más alarmantes proporciones. En una carta de D. Luis de Velasco dirigida a Felipe II encontramos lo siguiente: "Los mestizos van en gran aumento y todos salen tan mal inclinados y tan osados para todas las maldades, que a éstos y a los negros se ha de temer. Son tantos que no basta corrección ni castigo, ni hacerse en ellos ordinariamente justicia. Los mestizos andan entre los indios, y como tienen la mitad de su parte, acógenlos y encúbrenlos y danles de comer; y los indios reciben de ellos muchos malos ejemplos y ruines tratamientos. No veo por el presente mejor remedio que enviara V. A. mandar que se lleven a España en cada navío quince o veinte para soldados,

que traspuestos allá serán buena gente para la guerra, y éstos habían de llevar sus capitanes y pagarles sueldo y proveerlos de matalotaje. Con esto y con darles a entender que S. M. quiere servirse de ellos creo que irán de buena voluntad.¹⁷

3. — *La interrelación cultural indígena y occidental y los rasgos fundamentales del nuevo ser mexicano.*

Podemos decir que el mestizaje del pueblo mexicano fue completo porque a la fusión sanguínea de ambas razas, acompañó la de sus corrientes culturales; resultando así un ser nuevo y completo no solo en lo físico, sino también en lo psíquico. A las raíces de una melancolía que parten del tronco indígena y crecen hasta convertirse en un conformismo tranquilo y acomodaticio al lugar y circunstancias donde se vive, se une una tendencia muy marcada al individualismo, herencia muy española, acentuada en las grandes conquistas que dieron a España el imperio mayor que nación alguna haya jamás poseído. Por eso nuestra historia ha visto por lustros al pueblo mexicano entregado a la ciencia y al trabajo en una labor pacifista, pero también es testigo que ha sabido levantarse en armas cuando se ha mancillado su territorio nacional o se han herido las cuerdas más íntimas de sus sentimientos y derechos. Ahí la página dorada de nuestros Héroes de Chapultepec y los ríos de sangre que la revolución callista hizo brotar del pueblo mexicano, convirtiéndose en verdugos aquellos mismos que por su puesto y mando deberían haber buscado para sus víctimas la felicidad y abrirles puertas para su prosperidad y bienestar. Este pueblo, heredero de tantas cualidades de sus progenitores, la raza europea y la indígena, supo con toda hidalguía deponer las armas, sin sospechar siquiera la perfidia y la tradición de aquellos que en la misma Patria eran herederos de los mismos principios y normas de alta moral que hicieron a un lado para dar cabida a exóticas teorías que al ponerlas en práctica, es dudoso el bien que hayan aportado, salvo el de poner de manifiesto el temple del carácter mexicano, constatado no sólo en hombres hechos y derechos, sino lo que es más, en doncellas y tiernos niños, que prefirieron morir antes que traicionar su rica herencia, dando así un testimonio más del acervo de cualidades que concurrieron a la gestación del pueblo mexicano.

Toda la cultura occidental, fruto de los más privilegiados cerebros de la Europa clásica, se volcó sobre el Nuevo Mundo, y en especial sobre la Nueva España, inundando con un torrente de libros todas las bibliotecas de los conventos, colegios y universidades. Aun hoy día el lector se puede formar una idea de lo que eran estas bibliotecas visitando la que aún se conserva en el convento convertido en museo de la ciudad de Yuriria, Gto.

La educación elemental se derramó en toda la Colonia a través de las escuelas parroquiales. La educación superior se impartió en los seminarios, escuelas superiores y sobre todo en la Real y Pontificia Universidad de México.

Al florecimiento de la literatura y de las ciencias en el flamante pueblo mexicano, podríamos añadir capítulos y capítulos sobre la arquitectura, la pintura y escultura que varios volúmenes se llenarían con tan sólo mencionar los autores y sus obras. Como no es el fin de esta obra extenderse sobre todos los aspectos de la cultura del pueblo mexicano, bástenos agregar que hasta en las artes menores de alfarería, decoración y ebanistería se reveló como artista consumado. Bástenos seguir a D. Vasco de Quiroga por los pueblos del antiguo reino Purépecha o asomarnos a las alfarerías de San Pedro Tlaquepaque para comprobar las grandes posibilidades del artesano mexicano.

En un plano más elevado, en 1783 se establece la Escuela de Minas, que hasta el presente se mantiene como una de las mejores del mundo.

Es la época en que descuella D. Antonio Alzate, difundiendo el interés por la ciencia, y se destacan como grandes astrónomos y geógrafos León y Gama y D. Carlos de Sigüenza y Góngora.

El más serio esfuerzo artístico de la era colonial del Nuevo Mundo lo constituye la fundación de la Real Academia de Bellas Artes que desde 1773 empezó a recoger los tesoros que tanta y tan justa fama le habrían de acarrear andando el tiempo.

Grandes pintores como Vázquez y Echave sobresalen en el siglo XVII y en el XVIII Cabrera, Rodríguez Juárez, Sebastián de Ortega

y el arquitecto Francisco Eduardo Tres Guerras enriquecen la producción pictórica nacional.

A fines del siglo XVIII se cantaban en México óperas y en 1806 se dio la primera representación del Barbero de Sevilla. La Iglesia por su parte, educaba a las multitudes con los cantos sagrados populares y con la música de las ceremonias del culto. Indígenas, mestizos y criollos, escuchaban allí misas de Palestrina y de Victoria, así como cantatas y motetes de Monteverde. Así el buen gusto se difundía por todas las capas de la sociedad.

Desde 1693 se publicó el primer periódico que hubo en el continente, el "*Mercurio Volante*" y en 1728 empezó a salir la "*Gaceta de México*".

Gloria del México en formación fue la conquista y la colonización de las Filipinas. La línea de navegación establecida entre Manila y Acapulco duró dos siglos y medio. Ninguna otra línea marítima, dice Schurz, duró tanto. 250 años duró nuestra supremacía en el Pacífico. El primer barco salió de costas mexicanas en 1565 y el último entró en el puerto de Acapulco en 1815. A esta flota perteneció el Santísima Trinidad, que en 1762 era el barco mayor del mundo. Además de este comercio intercontinental, México enviaba tropas a Sto. Domingo, a la Florida, a Filipinas y a las Molucas, en barcos de guerra y de comercio contruidos en gran parte en nuestros astilleros.

- ¹ Fr. Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana. Libro 6*. Fr. Bernardino de Sahagún, *Historia General de las Cosas de la Nueva España. Libro 1*, Cap. 1 y siguientes.
- ² Nicolás León, *Apuntes Para la Historia Médica de Michoacán*. Francisco Burgoa, *Descripción Geográfica de Oaxaca*. Diego López de Cogolludo, *Historia de Yucatán*.
- ³ Julio Jiménez Rueda, *Historia de la Cultura en México*, p. 79.
- ⁴ Julio Jiménez Rueda, *Historia de la Cultura en México*, p. 80.
- ⁵ Eduardo Noguera, *Las Guerras Floridas en México Prehispánico*, p. 361.
- ⁶ Julio Jiménez Rueda, *op. cit.*, p. 80.
- ⁷ Acosta, *Lib. 5* Cap. XVI. Torquemada, *Lib. 9* Cap. XXVI y José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias, Lib. 5*. Cap. XVI Fr. Juan de Torquemada, *op. cit. Lib. 9*, Cap. XXV y XXIX.
- ⁸ José de Acosta, *op. cit. Lib. 6*, Cap. 26.
- ⁹ Fr. Juan de Torquemada, *op. cit. Lib. 14*, Cap. 16.
- ¹⁰ Fernando de Alba Ixtlilxóchitl, *Monarquía Indiana*, Cap. 38.
- ¹¹ Pablo Beaumont, *Crónica de Michoacán*.
- ¹² Diego López Cogolludo, *op. cit. Lib. 4*, Cap. 3 y 4.
- ¹³ *Historia del Pueblo Español*. Dic. Espasa, tomo 21, España.
- ¹⁴ Bernal Díaz del Castillo, *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*, Cap. XXVII.
- ¹⁵ Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, Cap. LXXVI.
- ¹⁶ Alfonso Trueba, *Figuras y Episodios de las Historia de México*, No. 69, Editorial Jus.
- ¹⁷ Mariano Cuevas, *Documentos Inéditos del Siglo XVI*.

II

LIGEROS ATISBOS DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD ANTES DEL SIGLO XVIII

Intentos de independencia y rebeliones indígenas como reacciones políticas o de lucha regional que aunque nunca llegaron a ser de alcance verdaderamente nacionales, fueron expresiones de un sentimiento de nacionalidad en cuanto se oponían al dominio y extorsiones de un poder extranjero.

CRIMENES SON DEL TIEMPO, NO DE ESPAÑA

Quintana

LA CONJURACION DEL MARQUES DEL VALLE (1565-1569)

"En 1565 existía un disgusto general entre criollos y peninsulares, que con motivo de una real cédula, temían fuesen al fin abolidas las encomiendas con ruina de todos. El marqués del Valle, don Martín Cortés, hijo de don Hernando, había tenido por su parte continuos piques con el Virrey y la Audiencia, y se hallaba profundamente descontento porque se había anulado el fallo a su favor en el largo pleito acerca de la merced otorgada a su padre por el Rey. Concibióse pues la idea de un alzamiento, que encabezaría el Marqués, y se habló de él con bastante publicidad y por largo tiempo, pero no se llegó a organizar debidamente ni a acabar los proyectos. Los principales conjurados eran el Marqués, sus hermanos bastardos don Luis y don Martín, Cristóbal de Oñate el mozo, Gómez de Victoria, don Baltasar y don Pedro Quesada y el rico encomendero Alonso Dávila Alvarado.

Reiteradas las denuncias, la Audiencia, que gobernaba por la muerte del virrey don Luis de Velasco, procedió con todo rigor ordenando la prisión de todos los denunciados y la ejecución de los hermanos Dávila (3 ag. 1566), de los cuales sólo Alonso parece que era culpable. El extremo rigor produjo gran desasosiego, y el nuevo virrey Gastón de Peralta, marqués de Falces, consiguió calmarlo tratando benignamente a los reos. El Marqués que recusó como jueces a algunos de los oidores, fue remitido a España, preso, bajo su palabra de caballero. Los demás, quedaron unos en la cárcel, otros bajo fianza y otros absueltos.

Indignada la Audiencia contra el Virrey, lo denunció a la Corte y logró que viniesen tres jueces pesquisidores, de los cuales, por muerte de uno e inutilidad del otro, no actuó más que el severísimo don Alonso Muñoz. Este llenó de reos los calabozos e hizo construir más porque no bastaron los que había. Ordenó el tormento de don Martín Cortés, el bastardo, y la ejecución de Gómez de Victoria, de Cristóbal de Oñate y de don Baltasar y don Pedro Quesada. Y estableció en fin una época de terror que motivó su destitución y llamamiento a la Corte, en la que murió poco después, desairado por Felipe II".¹

Una de las primeras rebeliones de los indios de que se tiene noticia apenas ocupada la tierra por los españoles, fue la de los habitantes de la Provincia del Pánuco. Habiendo desembarcado Francisco de Garay para colonizar esas tierras y las del río de las Palmas, fue invitado por Cortés a la capital del imperio recientemente conquistado, a lo cual accedió Garay, dejando en Santi-Esteban del Puerto a su hijo al mando de la armada que conducía. Como tardase en regresar y finalmente muriese en la ciudad de México, los soldados en partidas de quince o veinte al mando de algún cabecilla vagaban por aquellos pueblos haciendo fuerza a las mujeres, robando cuanto encontraban y maltratando sin causa ni justicia a los naturales del país. Pronto se extendió una insurrección por toda la comarca, tomando proporciones tales, que más de cuatrocientos españoles perecieron, contándose entre ellos no sólo los de Garay, sino de los mismos de Hernán Cortés. En una sola noche, lograron los indios en un ataque repentino, hacerles cuarenta bajas a las fuerzas españolas y matarles quince caballos. La misma población de Santi-Esteban estaba bloqueada y a punto de perderse y sucumbir cuando llegó en su socorro Gonzalo de Sandoval con un ejército de españoles y de aliados. Tomando la ciudad por centro, despachó Sandoval varias expediciones para pacificar los contornos, habiendo tenido éxito en su empresa. Después de los escarmientos y castigos de rigor, regresaron a la capital Sandoval y Ocampo que había sido enviado por Cortés para formar los procesos, no sin antes hacer regresar a las islas a casi todos los soldados de Garay.

No por el sólo hecho de tomar Cortés la capital del Imperio Azteca podía sentirse dueño de todos los dominios que éste abarcaba. Las expediciones que tuvo que mandar hasta las más apartadas provincias nos hablan muy alto del aprecio de estos pueblos por su libertad; y cómo

en ocasiones tuvieron que retroceder ante el arrojo y bravura de los naturales, no obstante la diferencia de armas y de técnica guerrera.

Entre las principales causas que motivaron estas rebeliones, podemos citar las siguientes: Los abusos de autoridad y la rapacidad de ciertos encomenderos; las leyes mismas que España tuvo que dictar para poder emprender su obra de civilización entre los indígenas, porque de otra manera no hubiera sido posible constituir la nueva sociedad que hoy existe; la introducción de costumbres contrarias a sus antiguos hábitos, despojando a los nobles y sacerdotes de los derechos y regalías de que habían estado en posesión desde tiempo inmemorial; la introducción de una nueva religión que prohibía los sacrificios humanos y demás prácticas sanguinarias de su culto, sustituyéndolas con las saludables máximas del divino Redentor; la reducción a poblado de todos los indígenas dispersos por los montes, así como de las tribus nómadas del norte del país; por último, la imposición del tributo, que es a lo que se cree se debió la sublección de la provincia de Chiapas en el año 1524, que a continuación expondremos.

Bernal Díaz del Castillo, que tomó parte en esta pacificación, narra la contienda de la siguiente manera:

“Los vecinos de los pueblos encomendados a la provincia de Chiapas, se negaron a satisfacer el tributo a sus encomenderos que vivían en la villa de Huatzacualco; y aunque repetidas veces se les llamó de paz para que se presentaran al capitán Luis Marín en aquella villa, no lo hicieron ni tenían en nada a los mensajeros.

“Informado el capitán Luis Marín de todo lo sucedido, pasó a México, habló con Cortés y le pidió gente y pertrechos de guerra; éste le ordenó que con todos los vecinos de la villa de Huatzacualco, treinta soldados españoles y cosa de ochenta mexicanos que le dio, un artillero y una pieza de artillería, fuese a pacificar la provincia insubordinada”. Después narra paso a paso la campaña con lujo de detalles que por razones obvias se omiten en el presente trabajo.

CONJURACION DE INDIOS EN LA CAPITAL DE LA NUEVA ESPAÑA

Las vejaciones de los oidores que formaron la primera audiencia, sus disturbios con el obispo electo Fr. Juan de Zumárraga, los odios entre los antiguos amigos de Cortés y los partidarios de los oficiales reales, crearon por esos tiempos una situación muy difícil al dominio español en México, y los mismos indios iniciaron trabajos para recobrar su libertad perdida. La segunda Real Audiencia en 1531, constituida por varones doctos y honrados, vino oportunamente a poner remedio a muchos males; pero Cortés que ya había vuelto a la Nueva España, seguía siendo hostil a las autoridades con motivo del recuento de los veintitrés mil vasallos que el Rey le había concedido al conferirle el título de Marqués del Valle. Los oidores enviaron para ejecutar lo mandado buen número de contadores y ministros a los lugares que se habían dado en feudo a Cortés, pero nacieron al verificar la cuenta tantas dificultades que la Audiencia por evitar acaso una guerra civil, dio el corte de que el Marqués tuviera como en depósito todas aquellas ciudades y pueblos, y si hallaba que hubiera en ellos más de los veintitrés mil vasallos, restituyera lealmente a la Corona los tributos de los demás.

Tales desaveniencias no se ocultaron a los indios quienes despechados por las vejaciones del gobierno anterior y por los malos tratos de algunos encomenderos, creyeron que había llegado el tiempo de sacudir el yugo de los españoles y cayendo sobre los que andaban sin armas, en poco tiempo mataron alrededor de doscientos.

Por testimonio del P. Cavo que cita a Torquemada y a Herrera, se sabe que los indios conjurados celebraban juntas secretas y concertaban el modo de que todo el reino se rebelase, pero estas noticias llegaron a oídos del obispo Zumárraga, quien las comunicó desde luego a la Audiencia, que alarmada, llamó al marqués del Valle residente por aquel entonces en Texcoco, el cual acudió y según el mismo P. Cavo, "castigó el Marqués a tantos naturales, que los dejó escarmentados, sosegada la tierra y los caminos seguros.

INSURRECCION EN NUEVA GALICIA

Seguramente en ninguno de los territorios conquistados en América, sostuvieron los españoles una guerra tan sangrienta como la de Nueva Galicia. La expedición de Nuño de Guzmán fue una marcha arrolladora que dejó tras de sí la devastación y las ruinas. Las pasiones y la crueldad de aquella siniestra figura fueron la causa de las sangrientas rebeliones que causaron innumerables víctimas. Centenares de indios fueron arrancados de sus hogares y marcados con el hierro afrentoso de la esclavitud, completando Diego Hernández de Proaño, la obra salvaje de su jefe y amigo. A pesar de la noble y suave política de Cristóbal de Tapia, el odio hacia los españoles quedó latente en el corazón de los naturales. Coronado halló aquellas tribus en plena rebeldía. Pero valiéndose de la persuasión y de la ayuda eficaz de los misioneros y de algunos escarmientos en los jefes indígenas, logró por el momento pacificar aparentemente la comarca. Como el virrey Mendoza había preparado la expedición de Vázquez de Coronado con todo cuidado a las ciudades de Cibola y Quivira, ordenó que salieran con él buen número de españoles, quedando la región casi abandonada.

Aprovechando esta coyuntura, los jefes indios soliviantaron a las tribus de Tlaltenango, Juchipila, Nochistlán y Teocaltiche, extendiéndose después la rebelión a las regiones circunvecinas, encendiéndose la mayor insurrección de que se tuvo noticia en toda la época colonial. En ausencia de Vázquez de Coronado, había quedado de gobernador de la Nueva Galicia el licenciado Pérez de la Torre, quien murió en uno de los primeros combates, sucediéndole en el mando Cristóbal de Oñate, uno de los capitanes de Nuño de Guzmán. Aparentemente redujo a los indios, pero a poco se desbordaron nuevamente y con nuevo ímpetu, dejando a los españoles la sola ciudad de Guadalajara. Antes de que llegaran refuerzos de México, se presentó en la Baria de Navidad Pedro de Alvarado, antiguo capitán de Cortés y Adelantado de Guatemala. Requerido su auxilio, se presentó con sus tropas en Guadalajara el 12 de junio de 1541. Desoyendo las advertencias de Oñate que le pedía que dejara pasar la temporada de lluvias que inutilizaba el uso de la caballería, se lanzó con su habitual arrogancia al asalto de Nochistlán. Oñate, hombre prudente, salió detrás para socorrerle en caso necesario. Y el valiente capitán, otrora vencedor en mil batallas, tuvo que emprender precipitada retirada, en la cual fue arrollado hasta el fondo de un barranco por un caballo que se despeñó en tan acciden-

tado terreno. Cambió las ropas con las de un soldado para que los indios no se dieran cuenta que había caído el capitán. Mal herido y echando sangre por la boca fue recogido el gran conquistador por los hombres de Oñate, quienes le preguntaron qué le dolía. "El alma, dijo, llévenme a donde la cure con la resina de la penitencia". Poco después moría en Guadalajara tan extraordinario caudillo. La sublevación concluyó con la llegada del virrey Mendoza al frente de un ejército. Con refinada crueldad se quiso dar un escarmiento en la persona de los vencidos: muchos fueron ahorcados, lapidados y descuartizados otros, bastantes puestos en hileras y destrozados por la artillería, no faltaron los aperreados (entregados a canes hambrientos que los hacían morir en medio de espantosos sufrimientos). Los que lograron sobrevivir fueron repartidos como esclavos entre los capitanes y soldados, según la calidad de las personas.²

SUBLEVACION DE LOS NATURALES DE TOPIA, (HOY DURANGO)

Francisco de Ibarra había penetrado hasta allí atraído por la fama de las riquezas, y habiéndose descubierto algunas minas, muchos españoles se habían establecido y se ocupaban en el laborío. En 1592 llegaron hasta allí los jesuitas y establecieron sus misiones. Los indios acaxeos no reconocían autoridad en toda la nación; vivían separados por familias a orillas de los manantiales y arroyos, y sus contiendas eran continuas aun por causas de poca monta. Cincuenta guerreros acaxeos se separaron de las misiones y tomaron las armas a causa de los malos tratos que recibieron de los españoles. Persuadieron a muchos de su raza logrando que los descontentos llegaran hasta el número de cinco mil que hicieron juramento de no dejar las armas hasta haber exterminado a los blancos. Las primeras víctimas del alzamiento fueron cinco castellanos que recorrían descuidadamente la tierra. Y aprovechando el descuido de los colonos cayeron sobre los minerales de las Vírgenes y de San Andrés mataron a los habitantes que no huyeron, quemaron las casas y oficinas del beneficio y saquearon los intereses. A cuantos lugares no encontraron resistencia llevaron la destrucción y más de cincuenta rancherías e iglesias cayeron bajo su furor y desaparecieron por el incendio. En el real de San Andrés cuarenta españo-

les con el misionero Alonso Ruiz pudieron encerrarse y hacerse fuertes en la iglesia, la cual en el acto fue sitiada por unos ochenta indios. Al cabo de 15 días de asedio y de continuos combates, agotados los víveres y las municiones, sin otra esperanza que el exterminio, hizo su arribo D. Francisco de Urdiñola, gobernador de la Nueva Vizcaya, delante de quien los indios huyeron a lo más intrincado de la montaña.

Las posiciones inaccesibles de los acaxeos y no queriendo el gobernador enconar una guerra que tal vez diera por resultado la pérdida completa de la Provincia, le hicieron adoptar medios prudentes de paz. Envío al P. Hernando de Santarén, conocido y apreciado de los indios, con proposiciones amistosas y de perdón, pero no sacó fruto ninguno. Vista la inutilidad de sus esfuerzos, Urdiñola se puso en campaña persiguiéndolos sin tregua ni descanso. Muchos encuentros tuvieron lugar en que ora vencidos, ora vencedores, los bárbaros jamás pidieron cuartel, ni dieron señal de querer entrar en acomodamientos. En una de las correrías de los castellanos, cayó en manos del gobernador una gran cantidad de mujeres indias. Urdiñola dictó pena de muerte a quien atentara a su vida u honor, y después de haberles regalado y dado víveres, las envió con los suyos. Semejante proceder tan poco esperado de los bárbaros, hizo reunirse para deliberar y no ser menos generosos que los blancos; su juramento les impedía dejar las armas, pero haberles devuelto sin ningún insulto a sus mujeres, era acción que merecía en su concepto, conceder su amistad a los blancos, y así se determinaron a negociar. Sabido esto por Urdiñola, envió un indio con una bandera blanca con una cruz en lo alto para informarse de sus pensamientos, y habiendo señalado lugar y tiempo determinados, fue el P. Santarén a hablarles. Poco costó ya reducirlos, tres mil depositaron las armas y vinieron al real de las Vírgenes de Topia a someterse a los castellanos.

SUBLEVACION DE LOS TEPEHUANES EN 1616

Los tepehuanes, de la municipalidad de Santiago Papasquiaro, Edo. de Durango, se insurreccionaron azuzados por los sacerdotes de sus antiguos ídolos, quienes sembraron en las tribus ideas de libertad,

ofreciendo que venía del oriente un varón poderoso que los libraría del poder de los españoles, añadiendo que sus antiguos dioses estaban irritados por el olvido a que los habían relegado. Era pues una guerra a la vez religiosa y civil. El levantamiento fue organizado en profundo secreto, no dejándose traslucir sino por la tibieza con que acudían a las prácticas religiosas. La rebelión debería estallar en todas las misiones el 21 de noviembre. Sin embargo unos se adelantaron al 16, para robar una recua de mercaderías que había llegado al pueblo de Santa Catarina, dando muerte al mismo tiempo al P. Hernando de Tovar. Un español que le acompañaba pudo huir y refugiarse en Atotonilco, donde pronto quedaron cercados todos los blancos, lográndose escapar únicamente un Lucas Benítez, escondido en una chimenea y Cristóbal Hurdaide, hijo del valiente capitán de Sinaloa, salvado por un indio. El franciscano Fr. Pedro Gutiérrez fue muerto de un flechazo cuando predicaba a los alzados para que se sosegasen. En Santiago, el misionero y demás blancos se refugiaron en la iglesia. Pero confiados en falaces promesas de los indios, salieron, cayendo en sus manos, no logrando escapar ni uno solo. Allí pereció el padre Bernardo Cisneros. En Zape murieron diecinueve españoles y más de sesenta esclavos negros. Sólo en Guanaceví se logró rechazar a los asaltantes. Los habitantes de Guadiana prepararon la ciudad para la defensa abriendo trincheras y fosos en las calles, y parapetaron algunos puntos de las alturas. Al exparcirse la noticia de que se aproximaban los insurrectos, el terror se apoderó de los habitantes, quienes encerraron en la iglesia a las mujeres y a los niños; acto seguido apuñalaron a la mayor parte de los indios de la ciudad. No habiéndose presentado los levantados, salieron los españoles por los alrededores de la ciudad, prendiendo a cuantos caciques cayeron en sus manos a los cuales ahorcaron en las afueras de la población. Conociendo el Virrey la conjura, ordenó que se hiciera la guerra, sacando de las cajas reales de Durango y Zacatecas cuanto fuera necesario. Con esta autorización, D. Gaspar de Alvaer, gobernador de la provincia, armó cuantos españoles pudo, y conociendo por un espía los movimientos de los tepehuanes, les presentó batalla en varios puntos, aunque sin lograr apagar la efervescencia, hasta que el padre Andrés López, único misionero de las tribus alzadas que quedó con vida, envió a una india ya vieja y enferma, que recorriera las rancherías, ofreciendo a los insurrectos el perdón, con tal de que vinieran de nuevo a los establecimientos. El enviado, además del indulto del Virrey y del gobernador de la provincia, llevaba el diario del misionero para que le

serviera de credencial y no se dudara y vinieron a presentarse de inmediato. Entre los armados había no pocos cansados ya de luchar sin ninguna ventaja y que anhelaban la paz; éstos no fueron tan fáciles para retornar a las poblaciones, pero ofrecieron hacerlo. Este fue el fruto alcanzado por el extraño e infatigable embajador, que no obstante sus achaques, corrió más de doscientas leguas de ranchería en ranchería mostrando sus credenciales e invitando a la concordia.

INSURRECCION EN TEHUANTEPEC

Este levantamiento se debió sobre todo a la codicia y arbitrariedades contra los indios, del alcalde mayor, D. Juan de Arellano que procuraba enriquecerse explotando los repartimientos e imponiendo a los indios insoportables contribuciones que pagaban trabajosamente en dinero, semillas y en mantas. El 22 de marzo de 1660 se amotinaron los indios que habían llenado el mercado de la población, y desoyendo las súplicas de D. Juan Vigil de Quiñones, prior del convento y de los demás clérigos, penetraron en la casa del alcalde D. Juan de Arellano, lo mataron, así como a un cacique que le acompañaba, a un esclavo negro y a un español, arrojando sus cadáveres a la calle; la casa fue quemada. Cundió la insurrección por el lado de Oaxaca, Nejapa y Villa Alta. El Virrey Conde de Baños envió tropas para sofocar el levantamiento, pero ya el obispo D. Ildefonso de Cuevas Dávalos había conseguido calmar los ánimos y alcanzar que los insurrectos se diesen de paz, volviendo a la obediencia del gobierno español, prometiéndoles el perdón absoluto de todo lo pasado.

INSURRECCION DE LOS INDIOS EN EL NUEVO REINO DE LEON

Las fronteras norte de la Nueva España continuaban siendo invadidas por tribus rebeldes. Fundóse para contener a los sublevados la villa de San Mateo del Pílon, hoy Montemorelos, en el año de 1701,

siendo gobernador D. Francisco Vergara y Mendoza. Aunque se armaron los vecinos y contaron con la ayuda de algunos soldados, fueron impotentes para retener el avance de los insurrectos, motivo por el cual en 1709 solicitaron auxilio de México.

Se culpó a los mulatos, pastores y sirvientes de las haciendas de haber causado la insurrección por los desafueros que cometían con los indios; pero los misioneros insistían en que eran las especies de encomienda llamadas por allí congregas, los verdaderos motivos de aquellas guerras. Esta acusación disgustó sin lugar a duda a los españoles y vecinos ricos de Nuevo León, por lo cual quisieron alejar de allí a los misioneros. El obispo D. Diego Camacho y Avila mandó secularizar los curatos en 1712, haciendo salir de ellos a los frailes y nombrando en su lugar clérigos seculares. Los frailes que eran de la Orden de San Francisco, tenían gran influencia entre los indios; los miraban éstos como sus defensores contra los encomenderos y los sirvientes mulatos de los hacendados, y al saber que iban a separarse de los curatos, comenzaron a dar señales de inquietud que rápidamente fueron haciéndose más claras hasta convertirse en sublevaciones, con lo que se encendió más el fuego de la insurrección. Los indios abandonaban las misiones, los sacerdotes seculares tenían que huir de los pueblos y las invasiones de los rebeldes se extendieron a la provincia de San Luis Potosí, poniendo en constante alarma a Guadalcázar, Rioverde, y Villa de Valles. Alzaronse los indios de la Huasteca y las tribus inmediatas a ella. Hasta Querétaro, Tolimán y Cadereita fueron amagadas por los insurrectos. Multitud de personas murieron a manos de los indios y en seis años se contaron más de mil víctimas. Los campos permanecían incultos y los ganados acabáronse casi en su totalidad, y tan extendida estaba la guerra que el padre de Santa María hablando de estos tiempos dice: "No había en todo el nuevo reino un palmo de tierra que no estuviera dominado por los bárbaros".

LA REBELION DE CANEK

Poco tiempo después de haber hecho su entrada solemne a la muy noble y muy leal Ciudad de México el 6 de octubre de 1761, D. Joaquín

de Monserrat, Marqués de Cruillas, sucesor del generoso Marqués de Amarillas, acaeció en la provincia de Yucatán, gobernada por D. José Crespo y Honorato, la rebelión de los mayas vecinos del pueblo de Cisteil y sus contornos, acaudillados por Jacinto Canek. Fue este suceso de los más sonados del siglo y conmovió profundamente no sólo a los habitantes de la Península, sino a cuantos de él tuvieron noticias en la Nueva España.

Antes de morir el cabecilla dijo llamarse Jacinto Uc de los Santos Canek, ser tributario de Su Majestad y haber nacido en el barrio de San Román de la villa de San Francisco de Campeche. Poco se sabe de su niñez y mocedad. Dícese que desde pequeño lo tomó bajo su protección y amparo un buen fraile franciscano, que al abandonar Campeche lo llevó consigo a Mérida y durante muchos años lo tuvo al servicio de la comunidad. Allí fue educado con esmero; se dice que estudió latín, algo de súmulas y teología moral, y que aprendió la historia de la conquista de Yucatán en los libros de la biblioteca del convento, en la que, según D. Eligio Ancona, debían existir ejemplares de la primera edición de Cogolludo y aun manuscritos preciosos que desgraciadamente se han extraviado para siempre.

El mismo escritor cuenta que si el camino a los honores y a las dignidades hubiese estado entonces abierto a todas las clases sociales, es indudable que Jacinto hubiera seguido la carrera del sacerdocio o alguna otra que satisficiera sus anhelos, porque no era, como se supone, un hombre vulgar e inútil. Mas habiendo perdido la esperanza de salir de su esfera, se entregó a todo género de vicios, como sucede con muchos individuos de naturalezas ardientes.

Cuentan también sus biógrafos que por su carácter levantisco, los frailes tuvieron que arrojarlo del convento, viéndose obligado para ganarse la vida, a servir en una tahona del barrio de Santiago de los Naturales.

Orgullosa como era, debió dolerle la separación del monasterio, y lógico es suponer que de ello provino su odio a los españoles, que fue creciendo al contacto con sus hermanos de raza, ver su postración y palpar su infelicidad.

Fue en el cementerio de Cisteil, que después de las ceremonias religiosas del 20 de noviembre, arengó al pueblo, envalentonándolo a lanzarse contra los españoles, exagerando la negrura de su situación, la carencia de su libertad y el despojo de que habían sido víctimas por los conquistadores. Terminado que hubo de hablar, despachó correos a sus aliados de los pueblos cercanos, con quienes seguramente se puso de acuerdo en las festividades anteriores, los que poco después llegaron a pedir la muerte de los blancos. El cura de Sotuta, D. Miguel Ruela, que había oficiado aquel día en Cisteil, enterado del alboroto, hizo ensillar su caballo, y con las noticias que le dio el sacristán de haber ya los indios asesinado al comerciante español Diego Pacheco, huyó a todo galope a Sotuta, a cuyo comandante militar el capitán D. Tiburcio Cosgaya, platicó lo sucedido. Este mientras enviaba un propio a Mérida, alistaba cien hombres de a pie y con catorce de a caballo se ponía en marcha para el pueblo. Los sublevados se parapetaron en el templo, donde, probablemente o en la casa cural, fue coronado Rey Jacinto Uc, con la corona y el manto azul de Nuestra Señora de la Concepción, titulándose: "Re Jacinto Uc Canck, Chichán Motezuma", o sea, el Rey Jacinto Uc Lucero, Pequeño Moctezuma, jurándole obediencia varios pueblos que asistieron a la ceremonia.

Mientras tanto, el imprudente Cosgaya, se acercó al anoecer al pueblo, y muy confiado entró, seguido de sus hombres, hasta cerca de la plaza; pero habiendo sido descubierto lo atacaron, matándolo con ocho de sus subalternos. Los que lograron huir, esparcieron la noticia de la muerte de Cosgaya por toda la comarca. Entonces, D. Cristóbal Calderón de la Helguera atacó a Cisteil con quinientos hombres. Después de un reñido combate quedaron desalojados los insurrectos. No sin trabajo logró Canek escapar, pero al día siguiente, 27 de noviembre, fue hecho prisionero en las inmediaciones de la hacienda de Huntulchac, quien fue conducido a Mérida para ser juzgado. Llegó a esta ciudad el 7 de diciembre y al día siguiente hacía su entrada D. Cristóbal Calderón, llevando tras sí ciento doce prisioneros. El proceso seguido a Canek se tramitó y concluyó con tal rapidez, que cinco días después de haber llegado era condenado a la pena capital, la cual se ejecutó el día catorce con refinamiento de crueldad, habiendo sido preparado para la hora final por el Dr. Lorra, cura de la parroquia de San Cristóbal. Al día siguiente fueron ejecutados algunos de los principales colaboradores de Canek; el resto de los prisioneros fue azotado y algunos mutilados, dando por terminada en esta forma la rebelión en Yucatán.

- ¹ José Bravo Ugarte, *Compendio de Historia de México*, p. 120 y 121.
- ² *Descargos del Virrey*, No. 38, Apéndice, Rebeliones Indígenas de la Nueva España, S. E. P.
- ³ Manuel Orozco y Berra, *Historia de la Dominación Española en México*, Tomo III, Págs. 109-113. Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos, México, 1938.
- ⁴ Vicente Riva Palacio, *México a Través de los Siglos*, Cap. XIV, Págs. 623-624, Editado por Gustavo S. López, México, 1940.
- ⁵ Manuel Orozco y Berra, *Historia de la Dominación Española en México*, Tomo III, Págs. 249-250. Antigua Librería de Robredo, de José Porrúa e Hijos, México, 1938.
- ⁶ Vicente Riva Palacio, *México a Través de los Siglos*. Tomo II, Vol. II, Págs. 759-760.
- ⁷ Eduardo Enrique Ríos, *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística*. Tomo 54, Págs. 483-495. México, 1940.
- ⁸ Fernando Ocaranza. *Crónicas y Relaciones del Occidente de México*. Tomo I, Págs. 237-245. Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas. Antigua Librería de Robredo, de José Porrúa e Hijos. México, 1937.
- ⁹ *Carta del Lic. Tejeda a S. M.* México, 11 de marzo de 1545. Col. Muñoz, T. LXXXIV, fols. 73-74, Apéndice Doc. No. XII.
- ¹⁰ Tello, Fray Antonio. *Historia de Nueva Galicia*, publicada por García Icazbalceta.
- ¹¹ Pérez Bustamante. *Don Antonio de Mendoza*. Cap. VII, Santiago. El Eco Franciscano, 1928.
- ¹² Luis González Obregón. *Los Precursores de la Independencia Mexicana en el Siglo XVI*. México, Librería de la viuda de C. Bouret, 1906.

III

MANIFESTACION
DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD
EN LOS HUMANISTAS
DEL SIGLO XVIII

LA MEXICANIDAD, COMO FISONOMIA CULTURAL VIGENTE, NACE DEL RICO AYUNTAMIENTO DE FUERZAS, ENTRE SI EXTRAÑAS, QUE FUE LA CONQUISTA. NI ESA FISONOMIA ES, COMO ALGUNOS QUIEREN, LA ARCAICA FORMA DE LAS CULTURAS AUTOCTONAS, NI TAMPOCO, SEGUN LA PASION DE OTROS, LO ESPAÑOL ABSOLUTO QUE AHOGA Y SUPLANTA CATEGORICAMENTE, ABSURDO HISTORICO, CUANTO LOS SIGLOS EDIFICARON EN EL ALMA Y LA TIERRA ABORIGENES. NO ERA POSIBLE TAMAÑO ARRASAMIENTO, NI ESPAÑA SE LO PROPUSO.

Lic. Agustín Yáñez.

Si en tiempos anteriores dominaron en la Nueva España los intereses poéticos de la cultura, en el siglo XVIII domina el interés social. Los incansables trabajadores del espíritu, asumen un aire de escritores profesionales y se consagran por una parte a desenterrar y poner en orden las joyas más valiosas de la tradición, y por otra, a edificar una nueva conciencia pública, recogiendo las novedades del pensamiento europeo, y dando expresión a la vez, al sentimiento de un pueblo que se sabe ya distinto de la antigua metrópoli, que ha comenzado a llamarse Patria.

D. Gabriel Méndez Plancarte nos dice al respecto: "El humanista auténtico es el hombre que, mediante la asimilación de los más altos valores de la humanidad precristiana y su síntesis vital con los valores supremos del cristianismo, llega a realizar en sí un tipo superior de 'hombre' en el que la esencia humana logra florecimiento y plenitud. Para el genuino humanista, el estudio de las lenguas clásicas no es fin sino medio, no meta sino punto de partida, no mazmorra ni cárcel, sino ventana luminosa abierta al pasado y ancho camino abierto al porvenir." "A ese tipo de humanistas, no meros literatos sino hombres en plenitud, pertenecen los nuestros . . . Pero ningunos han realizado tan plenamente este paradigma superior de humanismo como aquella falange de ilustres jesuitas desterrados que, en la segunda mitad del siglo XVIII, maduraron cultura auténtica y visceralmente mexicana, e hicieron irradiar sobre el mundo, desde la docta Bolonia, el esplendor del humanismo criollo!"¹

En su retiro forzoso, a donde los ha lanzado el déspota "ilustrado", guardando en el "real pecho" sus pretendidas razones, se entregan con ardor incansable a una labor de trascendencia inapreciable para su

Patria que los añora y que lamentará por décadas el injusto y vandálico decreto que la privó de guías de conciencia tan eximios y de mentores consumados de su juventud.

Mientras tanto, ponen muy en alto y hacen resonar el nombre de México por todas las Universidades de Europa, no ya como una tierra de salvajes como se la imaginaba el deán alicantino, sino una nación en donde el latín había dejado de ser una lengua muerta, o una disciplina meramente escolar para incorporarse de lleno en la vida de la literatura, así como en los estudios en los seminarios y en la Universidad. Una montaña de libros es el resultado de sus vigili- as y desvelos, marcados todos ellos con las huellas de un acendrado mexicanismo. Criollos todos ellos, no se sienten ya españoles, sino mexicanos, y así lo proclaman con orgullo en todas sus obras. Tienen conciencia plena de la patria inminente que está gestándose en las lejanas tierras por que tanto suspiran, y abogan por el mestizaje entre españoles e indios como medio de lograr la fusión no sólo física, sino espiritual de ambas razas.

Frente al régimen colonial su actitud es definida. De los españoles se expresan como quien habla de extranjeros, no como compatriotas. Y aunque han ensalzado las glorias indígenas, no por eso se sienten indios, ni pretenden el retorno del imperio azteca. Si no son aztecas ni españoles, ¿qué serán? MEXICANOS, y nada más que mexicanos. Por sus venas corre una sangre que no reconoce otra patria sino MEXICO, tierra lejana y querida, que llevan siempre en su corazón transido de nostalgia. Oigamos cómo se expresa uno de ellos:

Tiene la patria no sé qué dulzura
que siempre gira el corazón por ella
sin hallar otro bien en su amargura
ni en sus viajes ideales otra estrella

Para quien no ha vivido lejos de la patria, le resulta incomprensible esa nostalgia abrumadora por el terruño perdido. Para ellos no hay otro paraíso que su tierra. A sus ojos, el esplendoroso cielo de Italia se les antoja gris y brumoso cuando llega a sus mentes el recuerdo de su querido MEXICO.

Cedo toda esta corte soberana
su trato culto, su gentil nobleza;
cedo palacios, cedo la romana
decantada sin límites grandeza . . .

· porque para las

almas que en Roma viven peregrinas
aun las romanas rosas crían espinas.

La hermana del poeta se lamentaba amargamente de la fealdad horrible de Tacuba donde vivía; mas el poeta envidiando su suerte le escribe:

Yo cedo por Tacuba, pueblo inmundo
Roma, famosa capital del mundo,

ya que, agregaba con profunda y simpática ingenuidad

no hay tan cerca de México, mal suelo,
no hay purgatorio tan vecino al cielo.²

Rasgo característico de este grupo de mexicanos, así como en general de todos los humanistas criollos de centro y Sudamérica fue el retorno al estudio de las antiguas culturas americanas y su actitud hondamente comprensiva para todas las expresiones de la vida prehispánica, aun las más ajenas y contrarias a nuestra sensibilidad cristiana y occidental.

Clavijero levanta un fervoroso elogio a la educación que daban los antiguos mexicanos a sus hijos. Se explaya describiendo costumbres domésticas y civiles. Pondera sus adelantos en la oratoria, la poesía, el teatro, la escultura y demás artes.

Cavo nos presenta una magnífica descripción de los usos y costumbres del último emperador de los aztecas. Con palabras de compasión describe el tormento de Cuauhtémoc y truena contra la inhumanidad y codicia de Cortés.

Márquez lamenta la destrucción de tantos códices y monumentos, fieles testimonios de la "no ínfima" cultura a que habían llegado los

pueblos autóctonos mucho tiempo antes de que fueran visitados por ningún europeo, y basándose en que los sacrificios humanos no fueron extraños ni aun a los pueblos más civilizados de la antigüedad, llega hasta cierto punto a disculpar entre nuestros aborígenes tan sanguinario acto de culto.

Todo lo mexicano les parece digno de minuciosa investigación; mientras Clavijero se entrega a resucitar los valores de las culturas precortesianas y traza la historia interna de las tribus que poblaban nuestra nación, Cavo, toma el hilo de la narración donde la dejó su hermano de religión, y pinta maravillosamente el cuadro grandioso de la vida colonial durante casi trescientos años, desde la conquista de México por Cortés, hasta el año fatal de 1767 en que por decreto de Carlos III, México y todos los dominios españoles viéronse de golpe privados de sus mejores maestros y educadores.

Alegre escaló no pocos peldaños de la fama al rehacer, casi de memoria, la Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España, cuyos manuscritos ya concluídos había tenido que dejar en México.

Guevara y Basoazábal, movido por el anhelo de ser útil a la juventud mexicana, aunque lo separen varios miles de leguas de sus amados discípulos, escribe para ellos sus instituciones filosóficas.

Márquez, el doctísimo comentador de Vitruvio y de Plinio, da a conocer en las sabias academias de Bolonia, Roma y Florencia, el esplendor y grandeza de los antiguos monumentos de la arquitectura mexicana.

Landívar canta en su *Rusticatio*, las bellezas del suelo mexicano; sus lagos, sus volcanes y sus costumbres.

“Enseña y símbolo de México, la Guadalupana, está presente en toda la obra de nuestros jesuitas expatriados, Clavijero, tras de ganar justa fama de historiador con su monumental *‘Storia antica del Messico’*, no cree indigno de su prestigio científico escribir y publicar su opúsculo sobre la prodigiosa imagen guadalupana.

Alegre compone sus líricas y geórgicas al portento americano. Muestra su guadalupanismo en muchos pasajes de su historia de la com-

pañía, y cosa increíble pero cierta encuentra coyuntura para insertar un elogio a la Reina de México donde menos pudiera esperarse: en el poema épico destinado a cantar las victorias de Alejandro Magno.

Abad, al ensalzar los triunfos de la fe, no puede prescindir del milagro del Tepeyac.

Andrés Diego Fuentes consagra todo un poema latino en tres cantos y narra las apariciones y describe la taumaturga imagen.

Vicente López compone bellísimos himnos a la celestial Señora, y en su Diálogo de Abril, nos habla de su imagen como del mayor tesoro que México posee.

Maneiro, describiendo la Capital de la Nueva España, no puede tampoco omitir la filial mención de la Guadalupeana.³

Sin apartarse de la ortodoxia católica, los humanistas de este siglo XVIII saben depurar y secundar las ideas renovadoras que flotan en el ambiente de su época. Todos condenan la esclavitud como infame e injusta. Alegre, proclama que no hay gobierno legítimo sino el que se basa en el consentimiento popular.

Este siglo fue, dentro de los límites impuestos por el régimen político de la colonia, acaso el siglo de mayor esplendor autóctono que ha tenido México. En los siglos XVI y XVII si bien México produjo un grupo de grandes e interesantes figuras, la vida intelectual era dirigida por europeos. El siglo XIX en México, no ha sido inferior en talento puro al XVIII, pero sí en el saber y en el trabajo acrisolado. La labor intelectual se desarrolló en las treguas momentáneas en medio de la acción política y social tanto durante la independencia como durante la organización y ajuste que le siguió.

FRANCISCO JAVIER CLAVIJERO
(1731-1787)

Nació en Veracruz, el 9 de septiembre de 1731, siendo sus padres D. Blas Clavijero, natural de León, España y Dña. María Isabel Eche-

garay perteneciente a distinguida familia vizcaína. Estudió sus primeras letras en el colegio jesuita de Puebla. A los 17 años pasó a Tepetzotlán para hacer el noviciado. A decir de él mismo, desde pequeño había aprendido las lenguas indígenas: el náhuatl, el otomí y el mixteco. Después de sus dos años de noviciado, se dedicó por su cuenta a estudiar el griego y el hebreo, el francés y el portugués y llegó a tener nociones de alemán, inglés y otras varias lenguas. Desempeñó después la cátedra de retórica. Fue ordenado sacerdote y presentó en Puebla el examen final de teología y derecho canónico. Después de su tercera probación pidió a sus superiores que lo dedicaran a trabajar, por el bien de los indios, en el colegio de San Gregorio, donde pasó cinco años enteramente consagrados a esa labor espiritual y al estudio de los códigos indígenas.

Entre sus escritos de esta época, deben mencionarse las dos cartas de San Francisco de Sales, traducidas y ampliamente anotadas por Clavijero; la biografía de su hermano, el presbítero secular Manuel Clavijero, y una vida de San Juan Nepomuceno traducida del italiano. Pasó después a Puebla y en el colegio de San Francisco Xavier prosiguió su labor en favor de los indios. Allí pronunció su célebre panegírico de San Francisco Xavier, que movió al Provincial a emplearlo en estudios más altos y honoríficos, encomendándole la cátedra de filosofía en Valladolid. Durante ese tiempo recibió la visita del Provincial, P. Francisco Zevallos, quien aprobó plenamente su enseñanza y lo exhortó a llevar a feliz término aquella saludable reforma de los estudios filosóficos que había iniciado. Ayudóle mucho también su amigo el sacerdote poblano Vicente Torija, enviándole cuantos libros necesitaba. Al terminar el curso, sus discípulos presentaron muy lucidos exámenes públicos defendiendo las nuevas enseñanzas de su maestro. Fue luego enviado a Guadalajara, donde enseñó también filosofía, a la vez que se dedicaba a los misterios sacerdotales y en particular a la predicación. Por ese tiempo también, parece haber empezado a escribir su famoso diálogo entre Filaletes y Paleófilo, defendiendo la necesidad de la experimentación y la supremacía de la razón sobre la autoridad humana en las ciencias físicas y naturales.

Habiendo terminado el curso de filosofía, fue nombrado prefecto de la Congregación Mariana de Guadalajara, pero por el decreto de expulsión, se vio obligado a partir para Italia, a donde llegó, después de

haber sufrido una grave enfermedad en La Habana y un terrible naufragio cerca de Córcega. Se estableció primeramente en Ferrara, donde el conde Aquiles Crispi y su hijo Benedicto le brindaron generosa amistad. Poco después pasó a vivir a Bolonia en compañía de Alegre y de otros de los más ilustres jesuitas mexicanos, consagrados del todo al estudio y a la enseñanza, por lo cual no pocos, "con jocosa urbanidad, llamaban a aquella casa de los mexicanos, Sede de la Sabiduría". Entonces se dedicó a escribir su gran obra de la Historia Antigua de México, a pesar de las dificultades con que tropezaba por la falta de libros y documentos. Pero se ingenió para conocer y estudiar los antiguos códices y monumentos mexicanos que se conservaban en las bibliotecas de Ferrara, Módena, Roma, Florencia, Génova, Milán, Nápoles y Venecia. Después de varios años de pacientísimas investigaciones, escribió su Historia, primero en español, y después en italiano, lengua en que se publicó con el título de *Storia Antica del Messico*. Fue recibida con sumo aplauso de los doctos y poco después vertida a las principales lenguas de Europa: francés, alemán, inglés, etc.

Escribió después en italiano, su *Historia de California*, publicada después de su muerte, por su hermano Ignacio. Tenía en preparación otras obras importantísimas, como la *Historia Eclesiástica Mexicana*, y muchas biografías de mexicanos ilustres. Su última obra publicada fue un opúsculo en italiano sobre la historia de la *Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe en México*.

Durante cuatro años soportó con extraordinaria fortaleza la enfermedad que había de cortar sus días el dos de abril de 1787. Se le hicieron solemnes funerales en la parroquia de los Santos Cosme y Damián y su cadáver fue sepultado en la iglesia de Santa Lucía, que había sido de los jesuitas.

En toda su Obra Maestra, *La Historia Antigua de México*, se respira el sentimiento de nacionalidad mexicana de Clavijero, pero seguramente se transparenta con mayor nitidez en estos pasajes que sobre LA EDUCACION DE LA JUVENTUD MEXICANA, se transcriben a continuación.

"En el gobierno público y en el doméstico de los mexicanos, se notan rasgos tan superiores de discernimiento político, de celo por la justicia, y de amor al bien general, que parecerían de un todo inverosími-

les, si no constasen por sus mismas pinturas y por la deposición de muchos autores diligentes e imparciales, que fueron testigos oculares de una gran parte de lo que escribieron. Los que insensatamente creen conocer a los antiguos mexicanos en sus descendientes, o en las naciones del Canadá y de la Luisiana, atribuirían a fábulas inventadas por los españoles cuanto vamos a decir acerca de la civilización, de sus leyes y de sus artes. Por no violar, sin embargo, las leyes de la historia, ni la fidelidad debida al público, expondré sinceramente cuanto me ha parecido cierto, sin temor de la censura de los críticos.

La educación de la juventud, que es el principal apoyo de un Estado, y lo que mejor da a conocer el carácter de cualquier nación, era tal entre los mexicanos, que bastaría por sí sola a confundir el orgulloso desprecio de los que creen limitado a las regiones europeas el imperio de la razón. En lo que voy a decir sobre este asunto tendré por guía las pinturas de los mexicanos y los escritores más dignos de crédito. 'Nada, dice el padre Acosta, me ha maravillado tanto, ni me ha parecido tan digno de alabanza y de memoria, como el orden que observan los mexicanos en la educación de sus hijos'.

En efecto, es difícil hallar una nación que haya puesto mayor diligencia en un artículo tan importante a la felicidad del estado. Es cierto que viciaban la enseñanza con la superstición; pero el celo con que se aplicaban a educar a sus hijos, debe llenar de confusión a muchos padres de familia de Europa, y muchos de los documentos que daban a su juventud, podrían servir de lección a la nuestra. Todas las madres, sin excluir las reinas, criaban los hijos a sus pechos. Si alguna enfermedad se lo estorbaba, no se confiaba tan fácilmente el niño a una nodriza, sino que se tomaban menudos informes acerca de su condición y de la calidad de la leche. Acostumbrábanlo desde su infancia a tolerar el hambre, el calor y el frío. Cuando cumplía cinco años, o se entregaba a los sacerdotes para que lo educaran en los seminarios, como se hacía con casi todos los hijos de los nobles, y con los de los reyes, o si debían educarse en casa, empezaban los padres a adoctrinarlo en el culto de los dioses, y a enseñarle las fórmulas que empleaban para implorar su protección, conduciéndolos frecuentemente a los templos para que se aficionaran a la religión. Inspirábanles horror al vicio, modestia en sus acciones, respeto a sus mayores y amor al trabajo. Los hacían dormir en una estera; no les daban más alimento que el necesario

para la conservación de la vida, ni otra ropa que la que bastaba para la decencia y la honestidad. Cuando llegaban a cierta edad, les enseñaban el manejo de las armas; y si los padres eran militares, los conducían consigo a la guerra, a fin de que se instruyesen en el arte militar, se acostumbrasen a los peligros y les perdiesen el miedo. Si los padres eran labradores o artesanos, les enseñaban su profesión. Las madres enseñaban a las hijas a hilar y tejer, las obligaban a bañarse con frecuencia para que estuviesen siempre limpias, y en general procuraban que los niños de ambos sexos estuviesen siempre ocupados.

Una de las cosas que más encarecidamente recomendaban a sus hijos, era la verdad en sus palabras; y si los cogían en una mentira, les punzaban los labios con espinas de maguey. Ataban los pies a las niñas que gustaban de salir mucho a la calle. El hijo desobediente y díscolo, era azotado con ortigas, y castigado con otras penas correspondientes en su opinión a la culpa".³

Claramente se adivina la intención de Clavijero de reivindicar para el indio el alto concepto ya perdido de su recia personalidad; y si ahora se le veía rodeado de miseria y cargado de vicios, postrado en la más lamentable indolencia, se debía no tanto a un defecto congénito de raza, sino a una mala aplicación de las leyes establecidas o quizás a alguna deficiencia de las mismas.

Las dos transcripciones que a continuación aparecen de la exhortación de un padre a su hijo y de una madre a su hija, tienen por fin dar a conocer el gran sentido práctico que a la formación hogareña se le concedía, y cómo se iban formando en los indios desde jóvenes, hábitos de respeto, sencillez, honradez y honestidad, así como el aprovechamiento del tiempo, hábitos que posteriormente vinieron a ser preciada herencia de la población mestiza, que los recibió junto con su sangre. La práctica de estas exhortaciones se prolongó durante toda la Colonia, y ha llegado hasta nosotros, pudiendo constatarse de una manera especial entre la gente sencilla que vive en el campo.

EXHORTACION DE UN MEXICANO A SU HIJO

"Hijo mío, le decía el padre, has salido a luz del vientre de tu madre, como el pollo del huevo, y creciendo como él, te preparas a volar por el mundo, sin que nos sea dado saber por cuanto tiempo, nos concederá el cielo el goce de la piedra preciosa que en ti poseemos; pero sea el que fuere, procura tú vivir rectamente, rogando continuamente a Dios que te ayude. El te creó y El te posee. El es tu padre, y te ama más que yo; pon en El tus pensamientos y dirígele día y noche tus suspiros. Reverencia y saluda a tus mayores y nunca les des señales de desprecio. No estés mudo para con los pobres y atribulados; antes bien date prisa a consolarlos con buenas palabras. Honra a todos, especialmente a tus padres, a quienes debes obediencia, temor y servicio. Guárdate de imitar el ejemplo de aquellos malos hijos, que a guisa de brutos privados de razón, no reverencian a los que les han dado el ser, ni escuchan su doctrina, ni quieren someterse a sus correcciones, porque quien sigue sus huellas, tendrá un fin desgraciado y morirá lleno de despecho, o lanzado en un precipicio o entre las garras de las fieras.

No te burles hijo mío de los ancianos y de los que tienen alguna imperfección en su cuerpo. No te mofes del que veas cometer alguna culpa o flaqueza, ni se la eches en cara: confúndete al contrario, y teme que te suceda lo mismo que te ofende en los otros. No vayas a donde no te llaman, ni te injieras en lo que no te importa. En todas tus palabras y acciones procura demostrar tu buena crianza. Cuando converses con alguno, no lo molestes con tus manos, ni hables demasiado, ni interrumpas o perturbes a los otros con tus discursos. Si oyes hablar a alguno desacertadamente y no te toca corregirle, calla: si te toca, considera antes lo que vas a decirle, y no le hables con arrogancia, a fin de que sea más agradecida tu corrección.

Cuando alguno hable contigo, óyelo atentamente y en actitud comedida, no jugando con los pies, ni mordiendo la capa, ni escupiendo demasiado, ni alzándote a cada instante si estás sentado; pues estas acciones son indicios de ligereza y de mala crianza.

Cuando te pongas a la mesa, no comas aprisa, ni des señal de disgusto si algo no te agrada. Si a la hora de comer viene alguno, parte

con él lo que tienes, y cuando alguno coma contigo, no fijes en él tus miradas.

Cuando andes, mira por donde vas para que no te tropieces con los que pasan. Si ves venir a alguno por el mismo camino, desvíate un poco para hacerle lugar. No pases nunca por delante de tus mayores sino cuando sea absolutamente necesario, o cuando ellos te lo ordenen. Cuando comas en su compañía, no bebas antes que ellos, y sírveles lo que necesiten para granjearse su favor.

Cuando te den alguna cosa, acéptala con demostraciones de gratitud. Si es grande, no te envanezcas; si es pequeña, no la desprecies, no te indignes, ni ocasiones disgusto a quien te favorece. Si te enriqueces, no te insolentes con los pobres y los humildes; pues los dioses que negaron a otros sus riquezas para dártelas a ti, disgustados de tu orgullo, pueden quitártelas para darlas a otros. Vive el fruto de tu trabajo, porque así te será más agradable el sustento. Yo, hijo mío, te he sustentado hasta ahora con mis sudores y en nada he faltado contigo a las obligaciones de padre; te he dado lo necesario sin quitárselo a otros; haz tú lo mismo.

No mientas jamás, que es gran pecado mentir. Cuando refieras a alguno lo que otro te ha contado, di la verdad pura sin añadir nada. No hables mal de nadie. Calla lo malo que observes en otro si no te toca corregirlo. No seas noticiero, ni amigo de sembrar discordias. Cuando lleves algún recado, si el sujeto a quien lo llevas se enfada, y habla mal de quien lo envía, no vuelvas a él con esta respuesta; sino procura suavizarla y disimula cuanto puedas lo que hayas oído, a fin de que no se susciten disgustos y escándalos de que tengas que arrepentirte.

No te entretengas en el mercado más que el tiempo necesario; pues en estos sitios abundan las ocasiones de cometer excesos.

Cuando te ofrezcan algún empleo, haz cuenta que lo hacen para probarte; así que, no lo aceptes de pronto, aunque te reconozcas más apto que otro para ejercerlo; sino excúsate hasta que te obliguen a aceptarlo, pues así serás más estimado.

No seas disoluto, porque se indignarán contra ti los dioses y te cubrirán de infamia. Reprime tus apetitos, hijo mío, pues aún eres jo-

ven y aguarda que llegue a edad oportuna la doncella que los dioses te han destinado para mujer. Déjalo a su cuidado, pues ellos sabrán disponer lo que más te convenga. Cuando llegue el tiempo de casarte, no te atrevas a hacerlo sin el consentimiento de tus padres, porque tendrás un éxito infeliz.

No hurtes, ni te des al robo; pues serás el oprobio de tus padres, debiendo más bien servirles de honra en galardón de la educación que te han dado. Si eres bueno, tu ejemplo confundirá a los malos. No más hijo mío: esto basta para cumplir las obligaciones de padre. Con estos consejos quiero fortificarte tu corazón. No los desprecies ni los olvides, pues de ellos depende tu vida y toda tu felicidad”.

Tales eran las instrucciones que los mexicanos inculcaban en el ánimo de sus hijos.⁴

Para completar este tema de la educación familiar entre los indígenas mexicanos veamos a continuación los consejos que se daban a las jóvenes.

EXHORTACION DE UNA MEXICANA A SU HIJA

“Hija mía, decía la madre, nacida de mi substancia, parida con mis dolores y alimentada con mi leche, he procurado crearte con el mayor esmero, y tu padre te ha elaborado y pulido a guisa de esmeralda, para que te presentes a los ojos de los hombres como una joya de virtud. Esfuérzate en ser siempre buena: porque si no lo eres, ¿quién te querrá por mujer? Todos te despreciarán. La vida es trabajosa y es necesario echar mano de todas nuestras fuerzas para obtener los bienes que los dioses nos quieren enviar; pero conviene no ser perezosa ni descuidada, sino diligente en todo. Sé aseada y ten tu casa en buen orden. Da agua a tu marido para que se lave las manos y haz el pan para tu familia. Donde quiera que vayas preséntate con modestia y compostura, sin apresurar el paso, sin reírte de las personas que encuentres, sin fijar tus miradas en ellas, sin volver ligeramente los ojos a una parte y otra, a fin

de que no padezca tu reputación. Responde cortésmente a quien te salude o pregunte algo.

Empléate diligentemente en hilar, en tejer, en coser y en bordar; porque así serás estimada y tendrás lo necesario para comer y vestirme. No te des al sueño ni descansas a la sombra, ni vayas a tomar el fresco, ni te abandones al reposo; pues la inacción trae consigo la pereza y otros vicios.

Cuando trabajes no pienses más que en el servicio de los dioses y en el alivio de tus padres. Si te llaman ellos no aguardes a la segunda vez, sino acude pronto para saber lo que quieren y a fin de que tu tardanza no les cause disgusto. No respondas con arrogancia ni muestres repugnancia a lo que te ordenen: si no puedes hacerlo, excúsate con humildad. Si llaman a otra y no acude, responde tú: oye lo que mandan y hazlo bien. No te ofrezcas nunca a lo que no puedes hacer. No engañes a nadie, pues los dioses te miran; ama a todos honesta y discretamente, a fin de que todos te amen.

No seas avara de los bienes que los dioses te han concedido. Si ves que a otras se dan, no sospeches mal en ello; porque los dioses de quienes son todos los bienes, los dan como y a quien les agrada. Si quieres que los otros no te disgusten, no los disgustes tú a ellos.

Evita la familiaridad indecente con los hombres, y no te abandones a los perversos apetitos de tu corazón; porque serás el oprobio de tus padres y ensuciarás tu alma, como el agua con el fango. No te acompañes con mujeres disolutas, ni con las embusteras, ni con la perezosas, porque infaliblemente inficionarán tu corazón con su ejemplo. Cuida de tu familia y no salgas a menudo de casa, ni te vean vagar por las calles y por la plaza del mercado, pues allí encontrarás tu ruina. Considera que el vicio, como hierva venenosa, da muerte al que lo adquiere, y una vez que se introduce en el alma, difícil es arrojarlo de ella. Si encuentras en la calle algún joven atrevido y te insulta, no le respondas y pasa a delante. No hagas caso de lo que te diga; no des oído a sus palabras; si te sigue, no vuelvas el rostro a mirarlo, para que no se inflamen más sus pasiones. Si así lo haces, se detendrá y te dejará ir en paz.

No entres en casa ajena sin urgente motivo, porque no se diga o se piense algo contra tu honor; pero si entras en casa de tus parientes, salúdalos con respeto y no estés ociosa, sino toma inmediatamente el huso, o empléate en lo que sea necesario.

Cuando te cases, respeta a tu marido, y obedécelo diligentemente en lo que te mande. No le ocasiones disgusto, ni te muestres con él desdeñosa ni airada: acógelo amorosamente en tu seno, aunque sea pobre y viva a tus expensas. Si en algo te apesadumbra, no le des a conocer tu desazón cuando te mande algo: disimula por entonces, y después le expondrás con mansedumbre lo que sientes, a fin de que con tu suavidad se tranquilice y no te aflija más. No lo denotes en presencia de otro, porque tú serás la deshonrada. Si alguno entrase en tu casa para visitar a tu marido, muéstrate agradecida y obséquialo como puedas. Si tu marido es desacordado, sé tú discreta. Si no maneja bien tus bienes, dale buenos consejos; pero si absolutamente es inútil para aquel encargo, tómallo por tu cuenta cuidando esmeradamente de tus posesiones y pagando exactamente a los operarios. Guárdate de perder algo por tu descuido.

Sigue, hija mía, los consejos que te doy. Tengo muchos años y bastante práctica del mundo. Soy tu madre y quiero que vivas bien. Fija estos avisos en tu corazón pues así vivirás alegre. Si por no querer escucharme, o por descuidar mis instrucciones, te sobrevienen desgracias culpa tuya será y tú serás quien lo sufra. No más, hija mía, los dioses te amparen".⁵

Esta no es más que la base de la educación de todo indígena mexicano, pues la formación se completaba o en la escuela de guerreros o en la de sacerdotes para los que tenían oportunidad de acudir a ellas. En el retrato que Clavijero hace del indio mexicano, sin detenernos en el rasgo físico que, "... no se hallará quizás nación en la tierra en que sean más raros que en la mexicana los individuos deformes";⁶ más bien enfocaremos nuestra atención sobre sus cualidades morales e intelectuales, transcribiendo del mismo autor el siguiente párrafo:

"Sus almas son radicalmente y en todo semejantes a las de los otros hijos de Adán, y dotados de las mismas facultades; y nunca los europeos emplearon más desacertadamente su razón, que cuando du-

daron de la racionalidad de los americanos. El estado de cultura en que los españoles hallaron a los mexicanos excede, en gran manera, al de los mismos españoles cuando fueron conocidos por los griegos, los romanos los galos, los germanos y los bretones. Esta comparación bastaría para destruir semejante idea, si no se hubiese empeñado en sostenerla, la inhumana codicia de algunos malvados. Su ingenio es capaz de todas las ciencias, como la experiencia lo ha demostrado. Entre los pocos mexicanos que se han dedicado al estudio de las letras, por estar el resto de la nación empleado en los trabajos públicos y privados, se han visto buenos geómetras, excelentes arquitectos y doctos teólogos".⁷

Es natural que de un tronco tan sano y con tantas y excelentes cualidades, naciera, al infiltrarse la savia española, un renuevo tan lozano y vigoroso, como es el mestizo mexicano, que al correr de los años sería la porción predominante en la integración de la población nacional.

FRANCISCO XAVIER ALEGRE

Algunos pasajes de su biografía.

En la ciudad de Veracruz, vio la luz Francisco Xavier el 12 de noviembre de 1729. Fueron sus padres Juan Alegre e Ignacia Capetillo, no menos nobles por su linaje que por su piedad. Velaron sobre todo, para que sus hijos Francisco y Ana recibieran una completa educación cristiana, en un ambiente de buenas costumbres y honradez.

Después de estudiar los rudimentos de la gramática latina en una escuela pública, una vez cumplidos los doce años, fue enviado al Real Colegio de San Ignacio de Puebla para que estudiase filosofía. Entró al Noviciado de la Compañía el 19 de marzo de 1747. Durante ese tiempo, además de consagrarse con fervor a la piedad, aprendió por su cuenta la lengua italiana y empezó a estudiar el griego y el hebreo. Aprendió asimismo, "la lengua mexicana" al grado de poder predicar en ella a un numeroso grupo de indígenas. Fue después enviado a enseñar gramática en México, donde se dio a leer los mejores autores

españoles, latinos y franceses, pues había aprendido ya también esta lengua. Por motivo de salud, se le envió a Veracruz, donde enseñó también gramática por dos años. Volvió a México para continuar el comenzado curso de teología, pero por haberla ya estudiado anteriormente en Puebla, logró se le admitiera a examen final de dicha materia. Ordenado ya de sacerdote, sus superiores lo enviaron a La Habana, donde recobró plenamente la salud y permaneció siete años enseñando retórica y filosofía. Tuvo allí por compañero al padre José Alaña, jesuita siciliano doctísimo, bajo cuya dirección se perfeccionó en el conocimiento de la lengua griega y penetró los secretos de las matemáticas. Allí aprendió también la lengua inglesa. En seguida fue trasladado a Mérida, en cuyo colegio ocupó la cátedra de derecho canónico. Mas permaneció poco tiempo porque fue trasladado al Real Colegio Seminario de San Ildefonso de México, en donde se le encargó que escribiese la Historia de la Compañía de Jesús. Mientras la proseguía, tuvo necesidad de consultar un cierto autor, y entró con tal objeto en una librería. El librero que tenía de venta un abundante y selecto surtido de obras de todas ciencias, iba enseñándolas a Alegre. Tan pronto como éste las tomaba en sus manos, discurría acerca del mérito de cada autor, del crédito que merecía y del asunto de la obra; y como hiciese esto repetidas veces, el librero, que veía por primera vez a aquel padre, le dijo: "Vos sois Alegre, sin duda alguna, pues según lo que he oído de él, no hay otro que pueda tener tan vasto conocimiento de las obras capitales y de sus autores".

Otro incidente semejante le pasó en Italia. Hallándose en Fano, donde moró varios meses por causa de enfermedad, un caballero de la ciudad, gran cultivador de las letras, que no podía acabar de creer lo que se le contaba del saber y de la vastísima erudición del mexicano, quiso desengañarse por sí mismo. Al efecto le convidó a su casa con gran cortesía, y le condujo a su biblioteca particular, bien provista de autores, donde le mostraba ya éste, ya el otro libro, raro en su concepto; y como quien consulta, le preguntaba acerca del mérito de los autores y asunto de las obras. Alegre, con darle noticia circunstanciada de cada uno de aquellos libros, le demostró que los tenía ya vistos y bien leídos antes en México; y no sólo eso, sino que también le informó de que existían allá, e igualmente había leído otras obras raras y de precio, que faltaban en aquella biblioteca y en otras de Italia.

No sabía el cortés caballero qué admirar más: si la inmensa lectura que aquel extranjero dejaba descubrir en su conversación; o que en América hubiese, de años atrás, aquellos valiosos libros que él creía reservados a Italia.

Error por cierto muy arraigado en Europa, y del que ni aun los literatos están libres, de creer que cuando han concedido a los americanos sus inmensos tesoros de metales preciosos y sus grandes riquezas, han hecho bastante por ellos; pero que pueda hallarse entre gente que llaman bárbara, el amor a las letras y el cultivo de las ciencias profundas, es lo que niegan con gran desenfado. Si en ello aciertan, díganlo quienes saben apreciar las cosas en su justo valor.

Mientras escribía la historia de la provincia mexicana de la Compañía de Jesús, Alegre formó una academia privada "para cultivar las bellas letras y las matemáticas". Entre otras obras que entonces compuso aquel gran aprovechador del tiempo, publicó entonces su "Alejandríada" y su versión de la "Íliada" en hexámetros iatinos.

Desde joven se había formado un método para sus estudios, inspirado en la obra de Natal Argonne: "Tratado de la lectura de los Santos Padres". Sus autores predilectos eran San Agustín y Santo Tomás de Aquino, "las dos grandes lumbreras de la Iglesia". Daba la última mano a sus "Instituciones Teológicas" cuando le sobrevino el primer ataque de apoplejía.⁸

ANDRES CAVO (1739-1803)

Nació en Guadalajara, Jal. Entró en la Compañía de Jesús el 14 de enero de 1758; para esa fecha era ya bachiller en filosofía. En 1764 estaba ordenado sacerdote y enseñaba en el seminario de San Ignacio de Puebla. Se encontraba en la misión de la Santísima Trinidad en la fecha en que se ejecutó el decreto de expulsión de los jesuitas. En 1798 hizo un viaje de Italia a España buscando su repatriación, pero un nuevo decreto lo hizo volver a Roma donde murió el 23 de diciembre

de 1803. Su obra más conocida es "La Historia Civil y Política de México" que terminó de escribir en Roma en 1797, y que es la primera que abarca el período virreinal, pues va del 1521 a 1766. Se editó por primera vez en 1836, por D. Carlos María de Bustamante, bajo el título harto descriptivo del asunto: "*Los tres siglos de México durante el gobierno español*", libro que a su vez puede considerarse como la continuación de Clavijero.⁹

JUAN JOSE DE EGUIARA Y EGUEREN
(1696-1763)

Nació y murió en la ciudad de México. Después de seguir en la Pontificia Universidad los estudios de Artes, Filosofía y Teología, obtuvo sucesivamente los grados de bachiller (1712), licenciado y doctor (1715). Por oposición ganó las cátedras de Vísperas de Filosofía, Vísperas de Teología y Prima. Fue canónigo magisterial de la Catedral de México y estuvo propuesto para ocupar la mitra de Yucatán, la que no aceptó. Posteriormente ocupó dentro del Cabildo Metropolitano las dignidades de tesorero, maestrescuela y chantre. Eguiara fue celebrado en su tiempo como orador sagrado y docto teólogo; pero la posteridad lo recuerda principalmente como bibliógrafo e historiador de la cultura de su patria.¹⁰

Asentamos aquí sus datos bibliográficos y mencionamos una parte de su obra, la "*BIBLIOTHECA MEXICANA*", que legó a la posteridad, escrita gracias al sentimiento nacionalista que lo impulsó a acometer la empresa para defender la reputación de la cultura en la Nueva España que él ya consideraba su patria, contra los ataques del deán de la iglesia de Alicante, D. Manuel Martí. Dejemos en sus manos la narración de esta empresa.

"Muy lejos estábamos, escribe, de pensar en este proyecto de una *BIBLIOTHECA MEXICANA*, por hallarnos ocupados, ora en las tareas académicas, o en las diarias elucubraciones teológicas propias de la cátedra, ora en la elaboración de obras relacionadas con estos asuntos, como son sermones sagrados y otros trabajos tocantes a nuestra

profesión de teólogos, cuando llevados de la costumbre de emplear el tiempo y el descanso en tales tareas nos dejaban en la lectura de otros libros más amenos y escritos con una más elegante latinidad, vinieron a caer en nuestras manos los doce de EPISTOLAS del deán de la iglesia de Alicante, D. Manuel Martí, impresos en Madrid por Juan de Estúñiga en el año de 1756. Comenzamos a penetrarnos de ellos, no sin intenso placer espiritual, y aunque nos dolíamos de ciertos ataques con que en más de una ocasión intenta su autor zaherir a los profesores, y de sus frecuentes apreciaciones encaminadas al desprestigio de los españoles en lo que toca al cultivo de las disciplinas literarias, proseguíamos, no obstante en su lectura; pero he aquí que nos vimos obligados a hacer un alto en ella y a concentrar toda nuestra atención, al llegar a la carta 16 del libro 7 que no sin indignación y cólera hubimos de leer, meditando sus conceptos, reteniéndola de coro y examinando seria y despaciosamente su contenido.

El título de la carta en cuestión reza así: 'Manuel Martí desea amor y salud al joven de claras prendas Antonio Carrillo'. Todo el empeño de su autor se cifra en disuadir al adolescente amigo de su propósito de trasladarse a este Nuevo Mundo, y en aconsejarle, pues que era de condición adecuada para el cultivo de las letras, que fijase su residencia en Roma y se apartase lo más posible de las costas americanas.

'Pero vamos a cuentas, le dice ¿a dónde volverás los ojos en medio de tan horrenda soledad como la que en punto a letras reina entre los indios? ¿Encontrarás, por ventura, no diré maestros que te instruyan, pero ni siquiera estudiantes? ¿Te será dado tratar con alguien, no ya que sepa alguna cosa sino que se muestre deseoso de saberla, o —para expresarme con mayor claridad— que no mire con aversión el cultivo de las letras? ¿Qué libros consultarás? ¿Qué bibliotecas tendrás posibilidad de frecuentar? Buscar allí cosas tales, tanto valdría como querer trasquilar a un asno u ordeñar a un macho cabrío. ¡Ea, por Dios! Déjate de esas simplezas y encamina tus pasos hacia donde te sea factible cultivar tu espíritu, labrarte un honesto medio de vida y alcanzar nuevos galardones. Mas por acaso objetarás: ¿Dónde hallar todo eso? En Roma, te respondo'.

Pasa luego a dar al futuro residente en la Ciudad Eterna otros consejos. 'Por más, le dice, que el conseguir cuanto he dicho te será

hacedero, según es de condición apacible tu ingenio, grandes las prendas que te adornan y singular la benevolencia y afición con que nos tratas, nunca pierdas de vista que no vas allá a pasear sus calles, ni a llevar una vida ociosa ni a perder el tiempo en visiteos y otras ocupaciones propias de pretendientes. Para fines tales, ¿qué más da Roma que México?'

Es decir, que aun siendo las Indias Occidentales de tan grande extensión, y no precisando el deán en su epístola a qué isla, ciudad, pago o villorrio, proyectaba su amigo venirse a vivir entre indios, se atrevió a señalar a México como el sitio de mayor barbarie del mundo entero, como país envuelto en las más espesas tinieblas de la ignorancia y con asiento y residencia del pueblo más salvaje que nunca existió o podrá existir en el futuro; de un pueblo que, con sólo presentar con cabeza de medusa, sus nunca oídas artes mágicas de antaño, haría enloquecer del todo a cualquier español o francés o belga o alemán o habitante de no importa qué nación europea, incluso a los más ilustrados y cultos transformándolos en lastimosa metamorfosis en seres muy semejantes a ignorantísimos animales.

Mientras estos pensamientos bullían en nuestra mente y dábamos remate a la carta de Martí, ocurriósenos la idea de consagrar nuestro esfuerzo a la composición de una BIBLIOTHECA MEXICANA, en que nos fuese dado vindicar de injuria tan tremenda y atroz a *nuestra patria* y a *nuestro pueblo*, y demostrar que la infamante nota con que se pretendió marcarnos es, para decirlo en términos comedidos y prudentes, hija tan solo de la ignorancia más supina".

El esfuerzo realizado por Eguiara para refutar las apreciaciones del famoso deán alicantino D. Manuel Martí fue realmente considerable. A este intento dedicó cuantas horas le dejaban libres sus demás tareas y ocupaciones, registró todas las librerías que había en la ciudad, y entabló, como decía, "comercio literario" con los hombres doctos del país entero, solicitando su concurso para la obra, y especialmente con sus discípulos, que eran muchos, y algunos de ellos, colocados por entonces, en situaciones prominentes, logrando de este modo tener reunidos ya en 1747 datos acerca de dos mil escritores de la América Septentrional.

Por vez primera se acometía la empresa de sistematizar la producción literaria y científica de México. Eguiara, autorizándose con el ejemplo de otros autores de Bibliotecas, como el insigne Nicolás Antonio, incluyó en la suya, no sólo la producción publicada, sino la inédita o manuscrita de cuantos autores nacidos en la Nueva España, o que habían residido en ella tuvo noticia. En ninguna otra parte de América se había hasta entonces acometido tarea semejante, y Eguiara prestó con su obra eminente servicio a la cultura, fortificando a su vez, el sentimiento de *nacionalidad mexicana* que en principio fue el motivo que lo indujo a acometer tan ardua empresa.

- ¹ Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del Siglo XVIII*, prólogo.
- ² Juan Luis Mainero, *Poesías Mexicanas*, Biblioteca Nacional M 1-2-3.
- ³ Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas del Siglo XVIII*, prólogo.
- ⁴ *Historia Antigua de México*, I, 335-337.
- ⁵ Francisco Xavier Clavijero, *Historia Antigua de México*, I, 338-341.
- ⁶ F. X. Clavijero, *Historia Antigua de México*, I, 341-343.
- ⁷ F. X. Clavijero, *op. cit.* I, 87-92.
- ⁸ F. X. Clavijero, *Historia Antigua de México*, I, 87-92.
- ⁹ Gabriel Méndez Plancarte, *Humanistas de Siglo XVIII*, pág. 163 y sigs.
- ¹⁰ Diccionario Porrúa, *Historia Bibliográfica y Geográfica de México*, Editorial Porrúa.

CONCLUSIONES

- 1 - *La población indígena prehispánica de México se hallaba al tiempo de la conquista en diversos grados de desarrollo cultural; esos grados influyeron en la variada aportación que el núcleo dio culturalmente a la formación del pueblo mexicano, con un caudal mayor a los pueblos de desenvolvimiento más acentuado, y con escasa o ninguna aportación, las comunidades de civilización más primitiva.*

- 2 - *La presencia de europeos en suelo mexicano, se tradujo en la llegada de multitud de elementos culturales, religiosos, sociales y económicos que en ocasiones sustituyeron a hechos que antes de la conquista tuvieron vigencia, o se mezclaron con ellos en variada proporción.*

- 3 - *Los españoles nacidos en América, o "criollos", fueron cada vez más numerosos con el correr de los tiempos, inclusive con otros núcleos de población; aunque racialmente identificados con los habitantes de las Metrópoli, se fueron paulatinamente diferenciando de estos últimos por razón de la influencia del ambiente, del contacto con costumbres, modos de ser y sentimientos de los indígenas o de los mestizos, de tal modo que para fines del siglo XVIII, los pobladores criollos en muchas ocasiones veían con despego a sus hermanos de raza, sobre todo sintiéndose postergados en la designación que se hacía para desempeñar los puestos públicos. Es en ellos mismos, en quienes puede verse, primero que en otros, el despertar de un sentimiento nacionalista.*

4 – *Al ponerse en relación las diversas razas que concurrieron en la época colonial, surgieron las castas o grupos étnicos de sangre mezclada, entre las cuales la más numerosa fue la de los mestizos, fruto de la fusión de pobladores indígenas y españoles. Los integrantes de este nuevo grupo no destacaron socialmente en los primeros años, pero poco a poco, por su número, por sus aptitudes, por su capacidad, fueron descollando más y más en diversas actividades tanto civiles como eclesiásticas y militares. En ellos, como en los criollos, se produjo también un despertar del sentimiento nacionalista que fue determinante al estallar la guerra de independencia.*

5 – *A lo largo de los tres siglos de coloniaje, hubo la fusión fundamental de lo hispánico y de lo indígena para la integración del pueblo mexicano; pero esa fusión fue dispareja en muchos lugares y en otros se produjo en forma violenta: el choque inicial de dos razas, dio ocasión a reacciones muy vivas de parte de algunos grupos nativos, de que es ejemplo la rebelión del Mixtón en el siglo XVI. Otros levantamientos de indios y de negros hubo, y aunque quizá ninguno de ellos puede tomarse como un movimiento propiamente nacional, sí constituyen síntomas de descontento y de oposición contra el dominio español y de defensa de elementos nativos, y en cuanto tales, antecedentes remotos de la independencia, lo mismo que por otras razones, la conjuración del Marqués del Valle.*

6 – *A medida que se fueron precisando las características del pueblo nuevo, fue siendo evidente la aparición de un sentimiento y de una conciencia de nacionalidad en el país, de modo más claro en el curso del siglo XVIII, y que tuvo, entre otros, como representantes destacados, a los humanistas que en esa centuria dieron testimonio de la fisonomía peculiar de la nueva Patria. Entre todos los humanistas, los jesuitas ocuparon un sitio preminente.*

7 - *La expulsión de los jesuitas mexicanos no frenó la difusión de este sentimiento de nacionalidad, sino que al contrario, el destierro los ayudó a trabajar quizás con mayor libertad y ahínco por la Patria lejana, de tal manera que a través de sus obras, enfatizaron la conveniencia de un mestizaje más completo, y pusieron en relieve, ante la opinión culta de Europa, cuáles eran los valores de tipo mexicano, de que ellos eran portavoces.*

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, JOSE DE. *Historia Natural y Moral de las Indias*. México, Talleres de Gráfica Panamericana, 1962. 444 p.
- ALAMAN, LUCAS. *Historia de México*. México, Ed. Jus, 1942. 5 Vols.
- ALVEAR ACEVEDO, CARLOS. *Historia de México*. México, Ed. Jus, 1964. 303 p.
- BALBUENA, BERNARDO DE. *Grandeza Mexicana*. (Biblioteca del Estudiante Universitario No. 23), México, U. N. A. M., 1941. XXXVIII, 208.
- BANEGAS GALVAN, FRANCISCO. *Historia de México*. México, Ed. Buena Prensa, 1944. 3 Vols.
- BAROCIO, ALBERTO. *México y la Cultura*. México, Ed. Secretaría de Educación Pública, 1946. XX, 995 p.
- BEAUMONT, PABLO. *Crónica de Michoacán*. México, Talleres Gráficos de la Nación, 1932. 3 Vols.
- BRAVO UGARTE, JOSE. *Compendio de Historia de México*. México, Ed. Jus, 1958. 352 p.
- . *Historia de México*. México, Ed. Jus, 1964. 4 Vols.
- BUITRON, JUAN B. *Apuntes para servir a la Historia del Arzobispado de Morelia*. México, Imprenta Aldina, 1948. 344 p.
- CARABES PEDROZA, J. JESUS. *La Acción Educativo-Religiosa entre los indígenas de la sierra tarasca en el siglo XVI*. Guad., 1956. 66 p.
- CARDOSO, JOAQUIN. *Sangre en los Tepehuanaes*. México, Ed. Buena, 1948. 242 p.
- CARRERA STAMPA, MANUEL. *Estudios de Historiografía de la Nueva España*. México, El Colegio de México, 1945. 329 p.
- CASARRUBIAS, VICENTE. *Rebeliones indígenas en la Nueva España*. México, Secretaría de Educación Pública, 1945. 94 p.
- CRUZ, FRANCISCO SANTIAGO. *La Nao de China*. México, Ed. Jus, 1962. 189 p.

- CAVO, ANDRES. *Historia de México*. México, Ed. Patria, 1949. 490 p.
- CLAVIJERO, ABATE FRANCISCO JAVIER. *Historia Antigua de México*. México, Departamento General de las Bellas Artes, 1917. 529 p.
- CUEVAS, MARIANO. *Documentos Inéditos del siglo XVI para la Historia de México, colecciones y anotados*. México, Talleres del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, 1914. 521 p.
- *Historia de la Iglesia en México*. México, Ed. Patria, 1947. 5 Vols.
- *Historia de la Nación Mexicana*. México, Talleres Tipográficos Modelo, 1940. 1027 p.
- CHAVEZ, EZEQUIEL A. *Apuntes sobre la Colonia*. México, Ed. Jus, 1958. 3 Vols.
- DAVIS, ALEXANDER V. *El siglo de oro de la Nueva España*. México, Ed. Plis, 1945. 293 p.
- DIAZ DEL CASTILLO, BERNAL. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. México, Ed. Pedro Robredo, 1944. 3 Vols.
- ELQUERO, JOSE. *España en los Destinos de México*. (Figuras y episodios de la historia de México núm. 34). México, Ed. Campeador, 1956. 136 p.
- ESQUIVEL OBREGON, TORIBIO. *Apuntes para la Historia del Derecho en México*. México, Ed. Polis, 1937. 3 Vols.
- GAMIO, MANUEL. *Forjando Patria*. México, Ed. Porrúa, 1960. 209. p.
- GARCIA ICAZBALCETA, JOAQUIN. *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, Gráfica Panamericana, 1954. 4 Vols.
- GARIBAY K., ANGEL MARIA. *Historia de la Literatura Náhuatl*. México, Ed. Porrúa, 1953. 501. p.
- *Poesía Indígena de la Altiplanicie*. (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 11), México, U. N. A. M., 1940. 212 p.
- GONZALEZ OBREGON, LUIS. *México Viejo*. México, Ed. Patria, 1959. XV, 739 p.
- GRAJALES, GLORIA. *Nacionalismo incipiente en los historiadores coloniales*. México, U. N. A. M., 1961. 135 p.
- IGLESIA, RAMON. *Estudios de historiografía de la Nueva España*. México, El Colegio de México, 1945. 329 p.
- JIMENEZ RUEDA, JULIO. *Historia de la cultura en México*. México, Ed. Cultura, 1957. XII, 224 p.
- LEDUC. ALBERTO Y LARA PARDO, Luis. *Diccionario de Geografía, Historia y Biografía Mexicanas*. París, V. de Ch. Bouret, 1910. VIII, 1009 p.

- LEON-PORTILLA, MIGUEL. *Los Antiguos Mexicanos*. México, Fondo de Cultura Económica, 1961. 195 p.
- *Visión de los vencidos*. (Biblioteca del Estudiante Universitario núm. 81), 1961. 218 p.
- LOPEZ COGOLLUDO, DIEGO. *Historia de Yucatán*. Campeche, Comisión de Historia, 1954. 3 Vols.
- MENDEZ PLANCARTE, GABRIEL. *Humanistas del Siglo XVIII*. (Biblioteca del Estudiante Universitario), México, U. N. A. M., 1962. 197 p.
- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO, *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Madrid, Librería católica de San José, 1880. 3 Vols.
- MEZA SOLIS, ERASTO. *Michoacán, sus recursos y artesanías*. Guadalajara, 1964. 79 p.
- MILLARES CARLO, AGUSTIN. *Don José de Eguiara y Eguren y su Bibliotheca Mexicana*. México, U. N. A. M., 1957. 187 p.
- PALAFX Y MENDOZA, JUAN. *El Libro de las Virtudes del Indio*. México, Secretaría de Educación Pública, 1950. 141 p.
- PEREYRA, CARLOS. *México Falsificado*. México, Ed. Plis, 1949. 2 Vols.
- *Historia de la América Española*. Madrid, Ed. Saturnino Calleja, 1924. 8 Vols.
- *Breve Historia de América*. Madrid, Ed. M. Aguilar, 1941. 880 p.
- *Historia del pueblo mejicano*. México, Ed. Nacional, 1956. 2 Vols.
- PEREZ MARTINEZ, HECTOR. *Cuahtémoc*. México, Colección Austral, 1948. 223 p.
- PORRUA, DICCIONARIO. *Historia, Biografía de México*. México, Ed. Porrúa, 1964. XXVII, 1721 p.
- REY, AGAPITO. *Cultura y Costumbres del Siglo XVI en la Península Ibérica y en la Nueva España*. Ediciones Mensaje, 1944. 150 p.
- REYES, ALFONSO. *México y la Cultura*. México, Secretaría de Educación Pública, 1946. XX, 995 p.
- RICHARD, ROBERT. *La Conquista Espiritual de México*. México, Ed. Jus, 1947. 557 p.
- RIVA PALACIO, VICENTE. *México a Través de los Siglos*. México, Ed. Cumbre, 1953. 5 Vols.
- SANDOVAL, FERNANDO B. *Estudios de Historiografía de la Nueva España*. México, El Colegio de México, 1945. 329 p.
- SCHLARMAN, JOSEPH H. L. *México Tierra de Volcanes*. México, Ed. Porrúa, 1961. XV, 728.

- SEJOURNE, LAURETTE. *Pensamiento y Religión en el México Antiguo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1964. 220 p.
- TORO, ALFONSO. *Historia de México*. México, Ed. Patria, 1959. 576 p.
- TORQUEMADA, JUAN DE. *Monarquía Indiana*. México, Ed. Salvador Chávez Hayhoe, 1943. 768 p.
- TORRES QUINTERO, GREGORIO. *La Patria Mexicana*. México, Herro Hermanos, Sucesores, 1912. 405 p.
- . *México Hacia el Fin del Virreinato Español*. México, Imprenta Politécnica, 1921. 156 p.
- TRUEBA, ALFONSO. *La Guerra de Tres Años*. (Figuras y Episodios de la Historia de México núm. 59). México, Ed. Jus, 1959. 53 p.
- . *La Expulsión de los Jesuitas o el Principio de la Revolución*. México, Ed. Jus, 1957. 56 p.
- VASCONCELOS, JOSE. *Breve Historia de México*. México, Ed. Continental, 1960. 565 p.
- WILSON, BARONESA DE. *México y sus Gobernantes de 1519 a 1910*. Argentina, Mauchi Hermanos, 2 Vols.
- YAÑEZ, AGUSTIN. *Mitos Indígenas*. (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 31). México, U. N. A. M., 1942. 202 p.
- ZAMACOIS, NICETO. *Historia de México*. Barcelona, J. F. Parres y Compañía, Editores, 180, 20 Vols.
- ZAVALA PAZ, JOSE. *Don Vasco de Quiroga y Arzobispado de Morelia*. México, Ed. Jus, 1965. 488 p.
- ZURITA, ALONSO DE. *Los Señores de la Nueva España*. (Biblioteca del Estudiante Universitario, núm. 32). México, U. N. A. M., 1942. 211 p.

INDICE

Introducción	17
I LA FUSION DE ELEMENTOS CULTURALES Y RACIALES EN NUEVA ESPAÑA, COMO BASE DE LA NACIONALIDAD NA- CIENTE	
Los Indios	27
Idiomas	28
Tipos Raciales	29
La Religión entre los Indios	30
Los Españoles	34
Los Negros	38
Los Criollos	40
Los Mestizos	42
La Interrelación cultural Indígena y Occidental y los rasgos funda- mentales del nuevo ser mexicano	46
II LIGEROS ATISBOS DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD ANTES DEL SIGLO XVIII	
La Conjuración del Marqués del Valle	55
Insurrección en Nueva Galicia	59
Sublevación de los Naturales de Topia	60
Sublevación de los Tepehuanes	61
Insurrección en Tehuantepec	63
Insurrección de los Indios en el Nuevo Reino de León	63
La Rebelión de Canek	64
III MANIFESTACIONES DEL SENTIMIENTO DE NACIONALIDAD EN LOS HUMANISTAS DEL SIGLO XVIII	
Francisco Xavier Clavijero	77
Exhortación de un mexicano a su hijo	82
Exhortación de una mexicana a su hija	84
Francisco Xavier Alegre	87
Andrés Cavo	89
Juan José de Eguirra y Eguren	90
CONCLUSIONES	97
BIBLIOGRAFIA GENERAL	103